

## CAPÍTULO I EN EL PAÍS DE OC

**D**ías de barro, lluvia y camino, para dos jóvenes peregrinos. Un corrimiento de tierras había formado al final de la senda un terraplén. Intentaron acceder por él, pero tan agotados estaban, que antes de terminar, desfallecieron.

—¿Cuánto falta para llegar a Montpelier? —Joaquín se retorció tumbado en el suelo, intentando apaciguar así los anhelos de su estómago.

—¡Yo que sé! —contestó Diego de mal humor—. Debería de encontrarse tras la siguiente colina. De todas formas si hubieras sabido mantener la boca cerrada, nos habrían atendido mejor en aquella posada.

—No tengo la culpa de padecer gazuza. Y además... ¿por qué no puedo presumir del hecho de ser dos viajeros de camino a una Cruzada?

—Pues porque ya has visto que en esta tierra como tales no somos bien recibidos —dedujo Diego—. Y menos, sin poseer todavía el visto bueno de nuestro señor el rey Pedro.

—Pero si venimos a liberarlos de la herejía...

—¡Pues está claro que no todos piensan así! —dicho esto escaló por las piedras hasta el final de la loma.

Fue entonces cuando Diego de Marcilla se quedó sobrecogido. No estaba preparado para presenciar aquello. Eran las afueras del Montpelier que tanto buscaban. La misma ciudad donde moraba la reina consorte y su hijo el infante de Aragón. Y el lugar elegido para que se concentraran los cruzados.

—Parece —admitió Diego impresionado— parece ¡una escena del Apocalipsis!

Joaquín se esforzó en alcanzarle. ¿Qué era aquello que había visto su amigo y que lo había dejado sin habla? Pero ambos, en silencio, contemplaron como aquellas inmensas huestes abandonaban la ciudad. Tremenda resultaba la visión de la enorme muchedumbre que se había puesto en marcha. Aquellos zagales nunca habían visto una cosa así. Ni la volverían a ver en mucho tiempo.

En el comienzo de la segunda década del siglo XIII, el Papa Inocencio III, llevó a cabo la proclamación de una nueva Cruzada. Pero por primera vez en la historia de Europa, esta guerra no se iba a llevar a cabo en Oriente, ni en los Santos Lugares, ni en las islas del mediterráneo, ni en otras tierras de sarracenos. Esta vez se iba a desarrollar en un territorio cristiano. En el País de la lengua de Oc, el *Langue d'oc*, situado al nordeste de los Pirineos y federado a la Corona de Aragón. Ya desde el verano de 1209 miles de gargantas entonaron el himno de lo que con el tiempo sería la nueva cruzada: ¡*Veni Sancte Spiritus...!* El Papa supo neutralizar a los principales señores feudales, incluido al propio rey de Aragón, obligándolos, bajo pena de excomunión, a jurarle de nuevo fidelidad. Así cuando consideró que todo estaba atado y bien atado, lanzó a sus cruzados como mastines rabiosos contra el dulce país de Oc. La difusión de la herejía se había extendido demasiado a causa de la sospechosa tolerancia de su propia aristocracia. Tanto es así, que algunos sacerdotes católicos se vieron obligados a officiar en la clandestinidad. Los sectarios, campaban a sus anchas, localizados cerca de la villa de Albí, recibieron el nombre de albigenses. Pero ahora el mal se había extendido, formaban parte de todas las capas de la sociedad, estaban por doquier, cada vez ganaban más adeptos. Algunos, hasta cometieron la arrogancia de llamarlos «los puros». En aquella lengua se decía, *cátaros*.

Joaquín y Diego permanecían embobados observando la siniestra pareja que encabezaba aquel enorme ejército. Precedidos de una gran polvareda, cabalgando juntos, capas al viento, el normando Simón de Monfort, futuro jefe militar de la cruzada, y a su lado el Archiabed Arnault Almaric, Legado del Papa. Los dos cubiertos de armas, los dos cubiertos de hierro, sin poder distinguir quién era el clérigo y quién el guerrero, cabalgando por un país que había dado la espalda a su propio Dios. Detrás de ellos,

los caballeros y sus peones, reclutados la mayor parte en el reino vecino de Francia. Seguidos todos por una legión de capellanes y monjes que acompañaban a los peregrinos armados. Compartiendo a su vez camino con un sinfín de carromatos en los que se transportaban máquinas de asedio y enseres. Rodeando la caravana: mercaderes, cómicos, gitanos, taberneros y prostitutas. En último lugar con mucha separación de los demás, como queriéndoles hacer guardar una distancia de seguridad, los mercenarios. Inevitables en aquellas guerras. Violentos borgoñones, alcoholizados brabanzones que siempre luchaban borrachos, rubios gigantes frisios que apenas hablaban y cuando lo hacían nadie los entendía, bandidos navarros, almogávares. Y entre los franceses, *truands* y *routiers*.

Al igual que las perlas de un collar, fueron entregándose, demasiado blancas, demasiado brillantes, excesivamente fáciles de conseguir, las principales villas y aldeas por donde aparecía aquella inmensa hueste de cincuenta mil almas.

¿Dónde se había visto una cruzada sin sangre? no bastaba con que el pueblo occitano se confesara católico ante la sola visión de los cruzados. ¿Acaso no había herejes en todo el Languedoc? Y una perla se ofreció en holocausto, al Dios del antiguo Testamento, esa perla fue Beziers.

Desde Teruel, en el extremo sur de la Corona de Aragón, los dos jóvenes amigos habían acudido juntos, aunque por distintos motivos, al llamamiento de la Cruzada. Demasiado segundones y precariamente armados, no fueron admitidos al lado de los caballeros, entre los que tampoco abundaban los aragoneses. Vagaron sin rumbo hasta que localizaron un grupo de mercenarios originarios de las sierras cercanas a su ciudad. Rudos y de austeras costumbres, observaron con curiosidad y desconfianza a aquellos dos zagales que habían aparecido disfrazados de guerreros. Juan Pablo del Pobo, ancha espalda, cráneo rapado, veterano adalid de aquella tropa, los miró de arriba a abajo cuando le pidieron lugar en la partida de almogávares: «¡bueno! —pensó el mercenario— al fin y al cabo son paisanos». Pero sus educados ademanes de muchachos de ciudad, así como su forma de hablar, causaban chanzas y bromas entre aquellos forajidos de costumbres alegres. Los mismos que encontraban gracioso y de buen agüero que hallándose tan alejados de su tierra, hubieran ido a parar allí aquellos «dos pollos de villa».

Las semanas pasaron, y los dos «pollos» hicieron propios los hábitos de sus nuevos camaradas, que acabaron admitiéndolos, a pesar de su

bisñez, de su inexperiencia, y de sus manías. Como la de hablar solo que poseía Joaquín, y que los dejaba pasmados. O la excesiva propensión a la melancolía que padecía Diego.

Berenguer de Ladruán, zorro viejo de la gente aquella, se quedó perplejo cuando Diego le explicó que necesitaba de un buen botín para regresar a Teruel y poder así casarse.

—¡Voto al Diablo! Si por cada mujer con la que he querido encarmarme, me hubiera tenido que ir a la guerra, hubiera necesitado de un centenar de cruzadas.

—Habrías necesitado—replicó Juan Pablo—..., ¡un centenar de burdeles!

Cosieron a su pecho los dos zagales, la cruz roja de la Cruzada. No dejaba de ser un infantil gesto de presunción, pues nadie los había nombrado «soldados de Cristo». Pero allí estaban, en lo que parecía que iba a ser la aventura de su vida. Su bautismo de fuego frente a aquel «nido de herejes».

—¿Cómo será un hereje? —preguntó Diego.

—Nunca he visto uno —reconoció Joaquín—. Dicen que el color de su piel es roja como la de los demonios, y que sus mujeres son unas fornicadoras —afirmó bajando el tono—: «Son capaces de hacerlo con sus hijos a cambio de dieciocho denarios. Seis por haberlos engendrado, seis por haberlos parido, y seis por haberlos amamantado».

Raimundo Roger de Trencavel, el jovencísimo Vizconde de Beziers y de Carcasona, se había humillado en las afueras de Montpelier ante el Legado del Papa. Postrándose de rodillas, suplicándole clemencia para sus vasallos, para su ciudad. Simón de Monfort, rostro de hielo, ojos fríos, rezaba en una esquina de la tienda de campaña donde se llevaba a cabo aquella entrevista entre los responsables de la cruzada ante Dios, y el responsable de Beziers ante los hombres. Pero fue inútil. Aquel noble de apenas veinte años, se retiró del campamento cruzado con los ojos húmedos, había llorado delante del clérigo y del guerrero. Las condiciones habían sido lo suficientemente duras como para ser inaceptables: saqueo parcial de la ciudad, y entrega de doscientos veintidós herejes para alimento de las hogueras. El Vizconde, ejemplo de tolerancia y galantería, se ve obligado a tomar una decisión: trasladará a los cátaros más destacados, así como a los responsables de la comunidad judía, a su otra ciudad de la que también

es garante, Carcasona. No pretende dejar a sus vasallos abandonados, pero se teme lo peor. Beziers tiene altos muros, profundos fosos, suficientes víveres y agua como para resistir un asedio prolongado. Es consciente de que los caballeros cruzados sólo sirven a la causa por cuarenta días, «la Cuarentena». Conoce de la rivalidad de los barones del ejército papal como la del Conde de Nevers y su nada disimulado odio hacia el Duque de Borgoña. Si Beziers resiste, sobrevivirá, y a la vez tendrá tiempo de pertrechar Carcasona.

El veterano cruzado Simón de Monfort, lo observa al alejarse. Llama a su *pater* castrense y le hace abrir una gigantesca Biblia. El guerrero no sabe ni leer ni escribir, pero posee una fe ciega, sobre lo que en ese libro permanece escrito. No toma una decisión sin llevar a cabo siempre el mismo ritual. Primero recorre ávido con sus ojos las hojas y los párrafos, para él ilegibles, hasta que señala uno con el dedo. Su capellán se acerca y le lee: «...cuando abrió el sello cuarto, oí la voz del cuarto viviente que decía: Ven y verás. Miré y vi un caballo Bayo, y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Mortandad,...y el infierno le acompañaba».

El mismo día de Santa Magdalena, patrona de Beziers, la inmensa masa del ejército cruzado desplegó sus tiendas a unas millas de la ciudad, iniciando así su cerco. Los grupos de mercenarios, como no se les había permitido acampar al lado de los caballeros, merodeaban ahora en cuadrillas alrededor de los muros de la villa. Desde lo alto de las torres, los caballeros occitanos, la juventud de Beziers, engalanados como si fueran a asistir a una fiesta, en vez de a combatir en una guerra. Mucho más hábiles con el laúd que con la espada, observaban curiosos la pobre representación de aquellos sitiadores que se acercaban a sus fosos. Desde la distancia y la altura, el aspecto de los almogávares no les pudo parecer más patético: semidescalzos, cubiertos de pieles, casi desarmados. «¿Qué es eso que llevan en la cabeza? —se preguntaban unos a otros— ¿unas tiras de cuero en vez de un casco? ¡Santo Cielo! si ni siquiera portan espadas sino toscos cuchillos. ¿Y esas jabalinas? por Dios si en Beziers es lo que utilizamos para cazar conejos. ¿Cómo podemos dejar que unos andrajosos pastores nos encastillen?».

Ante la sola visión de los mercenarios, los jóvenes de Beziers se crispaban a lo largo de la muralla. Indignados, los insultaban, los amenazaban gritándoles despreciativos. Desde abajo, los almogávares les respondían con gestos obscenos.

—¡Estaos quietos! —gruñó Juan Pablo. Su partida compuesta con medio centenar de hombres era la que más se había acercado a las murallas— ¡Fijaos bien en esas defensas! Mañana no serán agravios lo que nos arrojen desde lo alto.

A Juan Pablo, al igual que a los demás, no le gustaban los asedios. Una cosa era combatir en campo abierto, tarea para la que estaban entrenados, y otra distinta ser empleados como tropas auxiliares. Siempre les tocaba soportar la dureza del primer enfrentamiento, así abrían camino a los caballeros que se beneficiaban de su sacrificio. De ellos era luego la gloria y el botín. Juan Pablo compartió una confidencia con Berenguer: «Debemos escudriñar las murallas y encontrar un punto débil. Nos puede valer cualquier cosa, un torreón mal defendido, un foso fácil de sortear, un muro más bajo que otro. Una vez tengamos la ruta, montaremos guardia evitando las sospechas de los sitiados, o que otros asaltantes se encaprichen con ella».

—Comprendo —admitió Berenguer—. Si nos han de emplear como carne de foso, mejor elegimos nosotros el lugar.

Diego atendía la conversación de los dos veteranos: «Joaquín y yo nos hemos criado en una villa fortificada. Vivir entre murallas no nos es ajeno. Dejados recorrer el contorno del baluarte, buscaremos ese punto flaco. Os puedo asegurar que cualquier muralla lo tiene».

— Está bien —afirmó Juan Pablo.

Joaquín aprovechaba para entusiasmarse a su modo. La cercanía del peligro disparaba sus fantasías: «¡Por fin! ¡Mi primera misión! Alejandro Magno a mi edad ya había conquistado un Imperio. ¡Cómo me gustaría emularle! Sí eso, daremos una vuelta a la muralla y encontraré un bastión débil. Convenceré a estos bárbaros para que hagan sonar sus gaitas. Y a igual que ocurrió con las trompetas de Jericó, las murallas caerán. Entonces los guiaré al interior, y Simón de Monfort me recompensará, y el legado del Papa me dará su bendición. ¡Sí...! Me llevarán a Roma, y me postraré ante el Papa entregándole las llaves de Beziers. Como ignora que mis abuelos no comían cerdo le diré: Me llamo Joaquín de Escorihuela, y pertenezco a un linaje católico muy antiguo, y...»

Un ruido de bisagras y metal sorprendió a los almogávares. Los goznes de una de las puertas se estaban abriendo. En lo alto de la muralla sonaba música, incluso se entreveían los grñones y tocados de las damas de Beziers. Se asomaban expectantes, como si fueran las invitadas a un torneo.

—¡Al arma! ¡al arma! ¡nos atacan! —alguien gritó entre el grupo de los aventureros.

Adornos en las lanzas, corceles engalanados. La caballería de Beziers bajaba por la rampa de la puerta, prestos a defender el orgullo de su ciudad, y dar un escarmiento a aquellos miserables mercenarios.

Durante toda la edad media, el arma principal y más efectiva de la que se valía cualquier ejército era la caballería. Poco podía hacer el infante de a pie cuando se le echaba encima, a toda velocidad, un guerrero montado en su alazán y revestido de acero. Aquella forma de combatir reflejaba los convencionalismos sociales de la época. Estaba bien visto que el «señor» a caballo, ensartara con su lanza al pobre desgraciado de una clase inferior, que desde el suelo, sin defensa, y escasamente armado, no tendría más posibilidad que echarse a correr.

Pero hacía tiempo que los almogávares se saltaban los convencionalismos. No sólo a nivel social sino también militar. Con los años, habían ido depurando una técnica de combate, simple pero efectiva. Resultado de la combinación de la habilidad con la valentía. Los que los conocían afirmaban que el peor error que se podía cometer con ellos, era lanzarles una carga de caballería.

—¡Almocadenes en línea! ¡almocadenes en línea! —Juan Pablo reclamó a los más diestros cuando percibió lo que se les echaba encima.

Diego desde niño conocía la fama de aquellos hombres. Ahora había convivido con ellos, incluso los había visto entrenarse. Pero en ese momento iba a ser testigo de la destreza de la almogavería.

Delante del compacto grupo de aventureros se formaron dos líneas de almogávares: rodilla en tierra la primera, de pie la segunda. Cada uno de ellos portaban en sus manos varias de las temibles *azconas*. Las mismas armas arrojadizas que desde lo alto de los muros les habían parecido a los sitiados ridículas jabalinas para cazar conejos. A simple vista impasibles, sin moverse de su sitio, aquellos diablos esperaban con calculada paciencia la proximidad de los caballeros.

En lo alto de la muralla el espectáculo se prometía formidable, «¡se va a enterar el Papa de cómo las gastamos en Beziers!». Algarabía, risas, canciones. Señoras esposas unas, simples doncellas otras, las damas de Beziers rivalizaban en elogios. Incluso se les escapaba algún grito cuando creían adivinar en la distancia los colores o el blasón

de su favorito: «¡Qué gallarda estampa! ¡Qué galantes maneras las de nuestros hombres!».

En sus femeninas fantasías, hubieran gustado ser saludadas con cortés atención. Que hubieran parado el combate por una pequeña reverencia, por una leve inclinación, con la que haber constituido la envidia de las demás. Pero la guerra era una cosa tan seria. Primero la victoria, luego ya vendrían los poemas y los cantos de los trovadores, por ahora el campamento de los verdaderos cruzados parecía demasiado alejado. Cuando ellos atacaran de verdad, todo sería distinto, al fin y al cabo lo que había a los pies de sus murallas eran *ribaldos*. Este era el término genérico con el que aquellas gentes designaban a los mercenarios, fueran de la clase que fueran. Y para las damas de Bezier, los ribaldos que tenían enfrente eran de una clase muy rara: «¿por qué no se mueven de ese sitio? ¿a que esperan para tratar de huir? ¡qué bobos!».

Diego sintió bajo sus pies el temblor de tierra provocado por los cascos de la caballería. Aquello impresionaba. Frente a ellos adivinó el rostro de júbilo de los jinetes, sintió el aliento de los caballos. Entre las filas de sus camaradas el más absoluto silencio, ni una palabra ni un juramento ni una broma. Le pareció que Joaquín murmuraba algo cuando en el aire, sin que nadie diera una orden, silbaron las *azconas* de la segunda línea de almocadenes. La primera fila poniéndose en pie lanzaba también las suyas, y al volver a agacharse sobre sus cabezas pasaba una tercera andanada. Formando parte de un ejercicio continuo.

Sucedió muy deprisa. Sus compañeros más avezados no apuntaban a los caballeros sino a sus rocines. Sin ningún respeto ni compasión por la vida de aquellos animales. Los más cercanos se desplomaron abatidos arrastrando en su caída a los jinetes, y obligando a saltar por encima de ellos a los que venían más rezagados. Muchos perdían el equilibrio, y con demasiadas libras de acero encima, soportaban un duro impacto contra el suelo. De inmediato padecían la nueva oleada de *azconas*. La cuña que en su loca carrera se había dirigido contra los almogávares, ahora se detenía en seco. Los dos flancos de la misma, dejándose llevar por la inercia de la cabalgada, se dispersaban viniéndose a hundir, casi de forma individual, en el bloque de un nutrido grupo de demonios, que cuchillo en mano los esperaban. Se introducían entre las piernas de los caballos, herían sus vientres, los equinos se derrumbaban. A veces en la caída el caballero quedaba atrapado, e inmediatamente era degollado.

Perplejos por la inesperada situación, los supervivientes de la caballería de Beziers comprendieron tarde su error. La bravuconada les había costado cara. Desesperados volvieron las grupas de sus monturas hacia la rampa de entrada de un portón que aún permanecía abierto.

Berenguer, con olfato de viejo mercenario intuyó nuevas expectativas: «¡no los derribéis, no los derribéis! ¡detrás de ellos!

Detrás, delante, a los lados, los almogávares acompañaron a los caballeros en su huida. Para cuando se quisieron dar cuenta se encontraban dentro del recinto amurallado. De frente a una plaza por donde escapaban asustados grupos de personas, en su mayoría damas y burgueses.

—¡Pegaos a la pared, a la pared! ¡cuidado con los arqueros! —gritaba Berenguer a su gente.

Pero no había arqueros.

Juan Pablo se dirigió a dos camaradas: ¡Gargallo, Nicolás! ¡destrozad los cerrojos!

Mas nadie venía a defender la puerta.

Atónitos, los aventureros pudieron observar aquella curiosa plaza adornada de lado a lado con guirnaldas florales. Salpicada de tenderetes que ahora rodaban por los suelos, pisoteados por una multitud aterrorizada que corría desordenada en dirección a las tres únicas calles de salida.

En las aspilleras del muro defensivo, en el lugar donde debía de haber centinelas, se encontraban atestadas las mujeres, que considerándose abandonadas, gritaban y lloraban pidiendo auxilio.

Diego sabía que aquella ciudad, a igual de la que procedía, estaría formada en su interior por un entramado de compartimentos con puertas de entrada y salida a distintos barrios. De forma que si en un asedio se ocupaba uno, se cerraban los demás. Convirtiéndose las casas y viviendas en una nueva muralla de contención.

Pero la alocada huida de sus habitantes hacía el interior, así como una imprudente falta de previsión, rompían por completo el elemental sistema defensivo. Entonces gritó girándose hacia sus compañeros:

—¡No hay defensa! ¡no hay defensa!

Juan Pablo y Berenguer se miraron entre sí. Por alguna extraña razón aquella ciudad en vez de prepararse para un asedio como correspondía, se habían entretenido en la celebración de una fiesta. No sabían cuál, ni «a santo de qué», pero no cabía duda de que la habían

aguado. Sobre todo cuando alguien decidió que formaran parte de un espectáculo.

Las mujeres, atrapadas en lo alto del muro, elevaron considerablemente sus gritos de terror. Algo les llamaba la atención desde el exterior. Una muchedumbre de buscavidas y vagabundos armados se acercaban aprovechando la vía abierta por los almogávares.

Berenguer sonrió: «¿qué? ¿les cerramos la puerta?, je je» .

—Las milicias comunales aún no han aparecido —advirtió Juan Pablo—. Por mí, que se entretengan con los que vienen.

Y volviéndose hacia sus compañeros exclamó:

—¡Escuchadme! En la parte alta de la villa se encuentran los palacios de los *ricos homes*. Hay que llegar allí antes que nadie. ¡Oro y acero!

—¡*Dispierta Fierro!* —respondieron sus hombres.

—¡A por el botín!

Y todos iniciaron una presurosa carrera hacia la dirección indicada por su adalid. Muchas veces sobrepasaban a grupos de habitantes que habían tomado el mismo camino en la huida. A algunos almogávares aún les daba tiempo de arrancar collares y pendientes.

—No os entretengáis, ¡a la carrera!

Mientras aquel medio centenar de diablos se adentraban cuesta arriba en el corazón de la ciudad, sorprendiendo en ocasiones a ciudadanos en sus quehaceres cotidianos, por el portón abandonado se colaba una masa de malhechores: los bandidos navarros, los brabanzones, peregrinos fanáticos, *truands...*, la chusma de Europa profanaba Beziers.

A Diego le costaba trabajo respirar, llevaba corriendo demasiado rato, y aquello no parecía terminar. Ahora comprendía porque sus compañeros apenas usaban la cota de malla. De todas formas la suya le quedaba grande, había sido regalo de despedida de su hermano mayor, allá en Teruel. Teruel, su prometida..., Isabel, ¡qué lejos quedaba todo! Entretenerse con estos pensamientos le servía para sobrellevar el pesado trote, la cuesta era interminable, incluso estaba pensando en enfundar su espada para poder bracear mejor. Fue cuando por una de las puertas del largo callejón por donde discurrían, apareció armado un burgués de oronda panza. Entrado en años, llevaba puesto un yelmo ricamente labrado y alzó su arma hacia Diego. Por instinto, el muchacho agarró el pomo de su espada con ambas manos, se agachó girando sobre sí mismo, y profirió un corte en el estómago de aquella persona. «¡Dios mío! es el primer hombre que mato —lamentó— ¡nunca imaginé que sería así!».

Creyó ver desmoronarse el cuerpo de aquel hombre,... o tal vez sólo fue su sombra. Un empujón lo catapultó hacia delante, Berenguer lo arrojaba por detrás.

—¡No te pares, sigue avanzando!

Por fin terminó la acalorada subida. Ahora entraban en una plaza redonda, cerrada y con una fuente en el centro. Media docena de casones la circundaban. Ni un alma, juguetes infantiles abandonados a la entrada de un portal, el trino de un pajarillo desde su jaula, y más al fondo, casi imperceptible, el llanto pausado de un bebé. Diego, Joaquín, y cincuenta forajidos.

Juan Pablo se refrescó la cabeza en uno de los caños, se subió al borde de la fuente y arengó a sus bribones: «¡*Mesaches!* bienvenidos al paraíso. Comida y viandas en la planta baja junto a las cocinas, las habitaciones de las hijas en el segundo piso y, en la parte superior, debajo de los colchones, los denarios y la plata. ¡Viva la canalla! ¡a saco! ¡a saco!».

Con la velocidad del rayo se dispersaron, entraban por las ventanas, saltaban por los balcones. «¿Por qué demonios no pueden cruzar por la puerta?» pensaba Diego. Los almogávares estaban en su salsa. Con gritos de júbilo se empleaban a fondo en el saqueo.

Siguiendo los pasos de Berenguer, los dos zagales entraron en la cocina de una de las casonas, echando mano en dirección a su estómago de cuanto alimento les ofreció la despensa. Una madura matrona se quedó petrificada al sorprender a unos rufianes junto a su fogón. Berenguer burlón se dirigió a ella: «Mi señora, ¿sería tan amable de levantarse las faldas y enseñarme lo que tiene debajo?».

Por un momento la mujer pareció obedecer subiéndose las sayas. Pero no con intención de mostrar nada, sino para facilitarse la huida. A Berenguer aquello le resultó divertido:

—¿Os dais cuenta? Apenas llevo un rato en una ciudad, y ya me comporto como un caballero.

Se dedicó a perseguirla asustándola con sus risotadas. Como Joaquín se entretenía en dar buena cuenta de una marmita caliente, Diego decidió inspeccionar la planta superior de aquella enorme casona. Sus polvorientas botas resonaron en la madera de las escaleras. Le pareció oír un ruido dentro de uno de los aposentos cerrados. Al abrir la puerta halló a una dama que con gesto protector, pretendía ocultar a tres pequeñuelos. Temerosa, se dirigió a Diego en su lengua occitana. En

principio tardó en entenderla, aquel habla era similar a la suya propia. El acento y la dulce entonación la volvían diferente. Sentada en la cama le mostró un cofrecillo, al abrirlo enseñó unas joyas. Se las ofrecía, las manos le temblaban, nerviosa desparramó parte de ellas por la colcha. «¡Que triste!» consideró Diego, en su Teruel natal una dama así lo habría tratado de igual a igual, pero ahora algo cambiaba. De refilón, se vio reflejado en un largo y estrecho espejo de bronce bruñido. Sucio, sudoroso, con barba de varios días, y en sus manos una espada ensangrentada. ¿Qué podía esperar? Ante la insistencia de la señora, negó con la cabeza. La mujer palideció. Levantándose del camastro, ocultó a sus pequeños detrás de una cortina. Regresó poniéndose de rodillas en el jergón, y desabrochó su corpiño mostrándole a Diego la desnudez de sus senos. El muchacho quedó turbado ante la visión de su cuerpo. La pobre infeliz se ofrecía a sí misma a cambio de la vida de sus hijos. «¿Por qué hace eso? ¿acaso es una de esas fornicadoras de las que me advertía Joaquín?». Pero su piel no era roja, al revés, era muy blanca, inmaculada, surcada de venillas azules. ¿A qué le recordaba? Sí, así era la piel de Isabel, su prometida Isabel, ¡qué lejos estaba de ella! «¿para esto he dejado mi tierra? ¿para convertirme en un bandido?».

Degustando una hogaza, Joaquín entró en la habitación quedándose pasmado. Miró con igual lujuria, los pechos de la mujer y la plata desparramada. La codicia centelleó en sus ojos abalanzándose sobre las joyas de la colcha. La dama chilló y retrocedió aterrada

—¡Diego! ¡Dieeego! ¿qué estáis haciendo pillines? —Juan Pablo lo reclamaba desde la plaza. Al asomarse por la ventana vio que el veterano adalid estaba eufórico y algo borracho—. Siento aguaros la fiesta pero la casa en la que estáis tiene el palomar mas alto. Súbete a él y otea los alrededores. Esta plaza tiene mala salida y no quiero sorpresas.

Al joven no le pareció buena idea abandonar a la mujer y a los críos a su suerte. Pero no hallaba excusa: «Bueno, yo..., es que...».

—Tranquilo Diego. No te preocupes por el botín, habrá reparto de sobra para todos. Un par de ciudades más, y podrás casarte con la mujer que quieras. ¡Sube al palomar!

A la vez que su amigo acababa de recoger las alhajas dentro del cofrecillo, Diego agarró a la dama.

—Al palomar señora rápido, ¿por dónde se accede?

La occitana comprendió y se dispuso a guiarle.

—¡Joaquín coge a los niños!

—¿Qué niños?

—Ahí, detrás de la cortina.

Al momento todo el grupo accedía con dificultad por una escalerilla demasiado estrecha, a un destartalado desván. Las palomas revolotearon nerviosas sobre sus cabezas, hacía calor y sus excrementos olían.

—Joaquín, baja y procura que no suba nadie.

Los críos rodearon a su madre, ella estaba más relajada. Desde un nido en la pared, una paloma daba calor a sus pichones sin apartar la vista de los intrusos. Diego percibió la misma sensación en la mirada de la dama que en la de la paloma. Una mezcla de intranquilidad, desasosiego y expectación. La que siempre causan los extraños cuando profanan un universo ajeno. En el rincón, sobre el sucio suelo, la madre abrazó a sus pequeños, juntos comenzaron a rezar.

Desde la azotea Diego ojeó el horizonte. La ciudad que quedaba a sus pies se veía salpicada por doquier de columnas de humo. Se elevaban negras al cielo. Aquella legión de desheredados estaba provocando incendios, y Dios sabe que otras fechorías, «¿cuánto tardarán en intervenir los cruzados, y poner orden en todo esto?».

Abajo en la plaza, la almogavería empezaba a acumular los frutos del saqueo. Toneles junto a sillas de montar, cofres, sacos y todos los demás objetos que podían formar parte de un expolio. Se inquietó, por un momento le pareció atisbar algo entre los tejados de aquel laberinto de callejuelas. Se asemejaban en la distancia a puntas de lanzas, diminutas puntas subiendo y bajando, sólo podía significar una cosa: ¡caballería! Cuando se disponía a dar la voz de alarma, las lanzas en la lejanía se hicieron más visibles, distinguiendo claramente en sus pendones las rojas aspas de los cruzados. No pudo evitar alegrarse, por fin alguien iba a acabar con todo aquel caos. Demasiado tarde, y de forma posterior a los mercenarios, las tropas papales también entraban en Beziers.

—¡*Mesaches!* —gritó— ¡se acerca caballería!

Un revuelo de alarma se agitó en la plaza, Juan Pablo rugió: «¡Almocadenes en línea!».

—¡No! ¡No os preocupéis! —Diego conocía el letal significado de aquella orden—. De los nuestros son. He atisbado los pendones de la caballería cruzada.

Grandes carcajadas resonaron alrededor de la plaza. Los almogávares se echaban las manos al vientre a causa de la risa.

—¡Que cosas tiene este muchacho! —comentó Juan Pablo—. ¡Almocadenes en línea!

Diego no entendía nada y, aun así se temía lo peor, «¿pero cuántos bandos puede tener una guerra?». Se dispuso a bajar del palomar, no sin antes despedirse de la mujer. Se inclinó hacia ella, la madre respondió cogiéndole la cabeza y depositando un beso en su frente. A la vez que despojaba a uno de sus hijos de un cordón que llevaba al cuello, y del que pendía una pequeña cruz que ahora entregaba a aquel joven protector.

El muchacho echó mano de unas jaulas vacías, las dispuso a modo de escondite alrededor de ellos, acabó de taponarlas con telas de sacos viejos. Pensó por un momento en apuntalar la puerta y destrozar la escalerilla de acceso, tal vez una puerta entreabierta causara menos sospechas. Sin tiempo para despedidas ni explicaciones, el joven abandonó el caserón. Al llegar a la plaza sus compañeros se encontraban en orden cerrado. Dos líneas de azconeros en dirección a la única y reducida entrada, el resto de la tropa formando una compacta piña tras ellos.

No tardaron en asomar por la angosta cuesta los caballeros. La calle demasiado estrecha les obligaba a ir de dos en dos. Detuvieron sus corceles. Uno de ellos, aseado, con aspecto noble, descendió arrogante de su montura. Con gesto valiente y sin desenfundar su espada, atravesó con fingido aire despreocupado las dos primeras líneas de almogávares. En verdad fue un milagro que a ninguno le diera por cortarle el cuello. Una vez frente al grueso del grupo se quedó mirando de lado a lado, preguntándose si aquellas malas bestias tendrían algo parecido a un jefe. Juan Pablo salió a su encuentro.

—*Aragoneses n'est pas?* —dijo el caballero, el adalid decidió jugar de farol: «Somos soldados de la Gran Compañía Almogávar de nuestro señor el Rey Pedro».

El francés asintió con gesto grave y cansado, como simulando estar impresionado ante aquel ficticio título.

—*Bien, bien* —asintió diplomáticamente— Pero es mi deseo que abandonéis la plaza y nos entreguéis vuestras armas. *Parole* de honor que respetaremos vuestras vidas y os escoltaremos a las afueras de la ciudad.

—¿Y el botín? —exigió Juan Pablo.

—*N'est pas possible.*

Ambos estaban jugando una simbólica partida. Aquélla maldita plaza era una ratonera para los aragoneses. Pero más de un francés

perdería la vida si pretendían tomarla por la fuerza. Juan Pablo volvió a tirar sus dados:

—Mientras sus señorías estaban alejados en su campamento, mi gente supo abrir una vía, y entrar antes que nadie en una ciudad que se preparaba para un largo asedio. Apelo a vos y al Derecho de Conquista.

El capitán francés terminó el regateo: «Coged sólo lo que podáis llevar encima cada uno, y os acompañaremos hasta la puerta». Dicho esto dio media vuelta con altivez, sin esperar respuesta alguna, se notaba que era un aristócrata acostumbrado a mandar desde niño. Pero los almogávares no estaban acostumbrados a obedecer. Uno de ellos al que llamaban «el gaitero», una especie de juglar pendenciero, hábil con la gaita y con el cuchillo, viva estampa del espíritu de contradicción, empezó a protestar: ¡Qué era aquello de abandonar un botín sin pelear por él! ¿a quién le daban miedo esos *gabachos* montados a caballo? Juan Pablo sabía que por decisiones más nimias que esta, en otras partidas, algún que otro adalid había perdido la vida a manos de sus propios hombres. Para aquellos salteadores, tan importante era el premio a la fidelidad como el castigo a la traición. Mirando a su revoltoso camarada le advirtió: «esta bien, si lo deseas así, deberías quedarte».

Sin perder tiempo echaron mano de varios vestidos femeninos que habían sido decomisados, anudaron las mangas e improvisaron así unos hatillos lo suficientemente grandes para introducir lo que cupiera. Poco a poco fueron saliendo de la plaza. Diego miró de reojo al palomar y al juglar, como si quisiera quitar importancia al desagravio, comenzó a templar la gaita. A su sonido se sumaron el de otras, y de esta guisa, rodeados por la flor y nata del ejército cruzado, los almogávares abandonaron la ciudad siendo escoltados hasta las puertas del mismísimo infierno.

Un infierno. En eso se había convertido Beziers. La ciudad limpia y hermosa que habían observado en su apresurado asalto, ahora era un cúmulo de incendios y estragos. Cadáveres en las calles, charcos de sangre y vísceras, lamentos de mujeres ultrajadas, viviendas saqueadas, talleres destrozados. Sin miramientos y a porrazos, los cruzados arrebataban al resto de los mercenarios los objetos y riquezas robadas, para inmediatamente disputárselas entre ellos.

Cuando se encontraron fuera de la muralla, los aragoneses fueron testigos de una terrible escena. En uno de los fosos, los cruzados habían obligado a bajar a varias decenas de muchachas. Por alguna extraña ra-

zón vestían de negro, sumisas yacían arrodilladas con las manos atadas formando dos hileras. Desde el centro un corpulento guerrero, hacha en mano, golpeaba con su arma de izquierda a derecha sobre las cabezas de aquellas chiquillas. Parecía la tarea de un leñador talando un bosquecillo de doncellas; lloraban, rezaban, y se dejaban matar.

Conmovido, Diego buscó la mirada amiga de Joaquín. Pero este estaba hablando solo, medio ido, en un frenético estado de excitación, a la vez que hundía contra su pecho el cofrecillo de las alhajas. Creyó ver en el fiero rostro de Berenguer un gesto de indignación: «¿Pero cómo pueden llevar a cabo semejante degollina?». A lo que el veterano le respondió:

—Están locos esos franceses, ¡semejante desperdicio! Por lo menos se podían haber tomado la molestia de forzarlas.

Un grupo de clérigos, armados con cruces, hisopos e incensarios, preparaban la entrada del Abad Almaric en Beziers. Mientras, entonaban el *te Deum*. Hacia él se dirigió el capitán de la escolta desentendiéndose de los almogávares.

—A su disposición *Monsieur*. Vengo a comunicarle que ya hemos desalojado al grupo más peligroso de mercenarios.

El Abad subido a su caballo ni siquiera lo miró. Lo que más llamaba la atención del Legado, aparte de su atuendo mezcla de coraza guerrera y de hábito sacerdotal, era su rostro. Un rostro fino, delicado, prácticamente femenino, y su mirada.

El capitán hace una inclinación, se retira. A mitad de camino es interceptado por otro oficial. Este le cuchichea unas palabras al oído, el capitán francés regresa otra vez al lado del Abad: «Monseñor, estamos teniendo verdaderos problemas para distinguir a los cátaros, de los verdaderos cristianos. ¿Qué podemos hacer?».

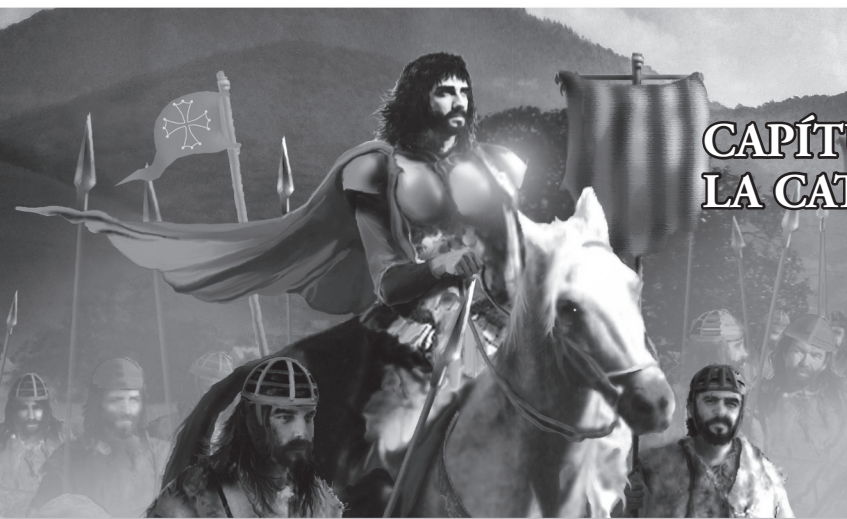
Ahora el Legado del Papa sí le presta atención. Lo mira con desprecio, y le responde:

—¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!

Por las laderas cercanas a Beziers los almogávares cantan y ríen, mientras trasportan la recompensa de sus penalidades. A sus espaldas una ciudad en llamas. Un ruido atronador les hace girarse. A causa de la combustión interna, acaban de estallar las torres de la catedral. Esta se parte en dos lienzos, derrumbándose. La imagen los sobrecoge, y eso que aquellos brutos ignoraban que el templo estaba sirviendo de refugio a cientos de ciudadanos, católicos o no, que esperaban encontrar allí la piedad de los

cruzados. Las tropas del Abad Almaric, pasaron por las armas en Beziers a 20.000 personas. Sin consideración de rango, sexo o condición, la totalidad de la ciudad fue arrasada. De esta forma comenzó la «Cruzada Albigense»

Y Diego seguía preguntándose si podía sentir orgullo por sus últimas acciones. Si aún seguiría siendo digno de aquella muchacha que había dejado en Teruel. Si la crueldad de los hombres era mayor que la de Dios, o al revés. Y sobrepasado por estos pensamientos, se sumió en una profunda melancolía.



## CAPÍTULO VII LA CATEDRAL

**D**esde lejos casi todos los castillos parecen iguales. Simples nidos de águila, prácticamente inexpugnables, de difícil acceso. La idea que tenía Diego de ellos era la de cualquier niño de la frontera que ha ido creciendo mientras se construían las murallas de su ciudad. Pero una cosa es una villa fortificada y otra un bastión en lo alto de un pico. En su tierra, la mayoría de los castillos no eran más que cuarteles de piedra, fríos y austeros. Habitados por una soldadesca caída en el olvido, huraña y alcoholizada; con la obligación adquirida de servir en la extremadura de Aragón, y por lo tanto siempre pendientes de las incursiones de una morisma intranquila. Hasta en eso iba a ser distinta Occitania. El muchacho tenía ahora ante sus ojos el hermoso bastión de Foix. Era una maravilla arquitectónica. Los tejados de las almenas se elevaban en una punta muy alargada, prolongándose de forma extraordinaria hacia el cielo. La agreste fortaleza rodeada de cimas nevadas daba nombre a todo el condado. En la lengua antigua Foix quería decir: «Fe».

Si la Corte del Conde Raimundo le pareció una colmena, la fortaleza de Foix se asemejaba a un hormiguero. Después de dejar los caballos en las cuadras, los huéspedes fueron ordenadamente distribuidos por las habitaciones del interior. Los caballeros en el cuerpo de guardia. Las damas a la residencia de *Donnas*, la que a su vez comunicaba con la amplia alcoba de las doncellas. Y en el pabellón de trovadores, compartieron techo, Miraval, Belibaste y Diego.

Parecía inaudito todo aquel derroche de muebles, mantas bordadas, curiosos utensilios, y demás comodidades con las que el conde de Foix obsequiaba a estos poetas. Diego ahora comprendía por qué Joaquín quedó deslumbrado tan pronto, con la costumbre que tenían aquellos nobles de mantenerlos y agasajarlos. En verdad la tranquilidad de aquellas paredes y la ociosidad de sus compañeros le reconfortó. Necesitaba de un descanso y allí se lo daban todo hecho. Aunque afuera del pabellón se oía el constante ir y venir del servicio, el haber recibido tantos visitantes de golpe les había roto la rutina, y ahora andaban saturados. Un lacayo requirió la presencia de Raimón de Miraval, y Diego se quedó a solas con el primo de las hermanas molineras. Se entretuvieron jugando a una variedad de ajedrez; al almogávar le llamó la atención la diferencia en las reglas del juego, él estaba acostumbrado a las normas árabes. Es decir, la reina y el alfil eran piezas de poca relevancia, pero para los occitanos no era así. Y aunque el objetivo siguiera siendo el jaque al rey, la que se convertía en pieza clave, gracias al privilegio de sus movimientos, era la Reina.

—¿Qué prefieres los dados o el tablero de cuadros? —preguntó el pelirrojo Belibaste.

—Prefiero el ajedrez. En los dados todo es cosa de suerte. Sin embargo en el tablero, puedes estudiar a tu contrario y hacerte dueño de tu destino.

—¿Juegas como si se tratara de una batalla? —observó Belibaste.

—La vida es milicia —contestó el otro.

Irrumpió en la habitación Miraval. Venía de mal humor: «No sé para que me he llevado el laúd, si lo que precisan mis señoras es una espada ¿a dónde iremos a parar? ahora las damas ya no hablan de poesía sino de política».

Al parecer se estaba celebrando una reunión de los recién llegados con el señor del castillo. Raimón, que en su falta de prudencia le recordaba a Joaquín, los puso al corriente de todo, utilizando la conversación para desahogarse. Aquélla peregrinación a la catedral de los Pirineos, era una excusa para la realización de una gira de activismo político, en que Elisa la Cebateire, llevaba la voz cantante. El problema era el de siempre. Las tropas papales de Simón de Monfort seguían cosechando éxitos en el Este. Ahora sus huestes se habían incrementado con la llegada de refuerzos enviados desde París por su esposa Alicia de Monfort. Y además se esperaba la inminente llegada de un ejército de cruzados

alemanes. Él era el nuevo vizconde de Beziers y Carcasona, pero seguía esperando el reconocimiento de su título por parte del Rey de Aragón, de quién pretendía legitimarlo en ceremonia de vasallaje. Todo aquello estaba causando gran revuelo en la sociedad del Languedoc. Tanto es así que muchos nobles, ante la falta de tropas con que defenderse, se veían obligados a declararse vasallos del normando Monfort. El último en haberlo hecho en secreto, aunque ahora lo había revelado en la reunión, había sido el hermano de doña Geralda de Lavaur, Aimeric de Montreal.

—¿Qué os parece semejante afrenta? —Miraval estaba indignado—. Yo perdí mi castillo, pero no me declaré vasallo del usurpador, y encima quiere que los demás lo imiten, ¿cómo ha podido hacer eso? ¡...un hijo de Belisena!

—¿Así se llamaba su madre? —preguntó Diego mientras permanecía tumbado en su camastro.

Sus dos compañeros de pabellón se echaron a reír: «¡No hombre, no! —decía Miraval— mi forastero amigo. No sabes nada de esta tierra. El suelo que pisas es sagrado. Allá, detrás de esas montañas —señalaba hacia la pared como si hubiera una ventana— entre este castillo y la fortaleza de Montsegur, que desde aquí siquiera se puede vislumbrar, aún se encuentra el bosque sagrado de Belena. Diosa de iberos y celtas, también adorada por griegos y focos. Sus descendientes constituyen la aristocracia más rancia de los Pirineos. Y su culto, transmitido y guiado sólo por mujeres, todavía perdura. Son las hijas de Belisena.

—¿En qué quedamos se llama Belena o Belisena? —volvió Diego a cuestionar.

—Desde luego muchacho —el trovador se fingía ofendido— ¡estás hecho un bárbaro! ¿no te he dicho que es algo muy antiguo? ¿no puedes comprender que con los siglos los nombres cambian?. Y pensar que la Cebateire cree que en mercenarios como vosotros pueda estar la salvación de esta tierra...

Al muchacho le picó la curiosidad: «¿Ha hablado de mí en la reunión? ¿y qué es lo que ha dicho?». Pero Raimón de Miraval prosiguió con su retahíla.

—Si la defensa de esta región tiene que caer en manos de gente como tú, lo mínimo que podías hacer es conocer su importancia.

—Es normal —le excusaba Belibaste— el muchacho está recién llegado al Sabartés.

—También es un recién llegado Simón de Monfort y sabe muy bien lo que busca —se acercó hacia Diego y volvió a señalar la pared como si pudieran ver a través de ella—. Desde Foix se baja por el cauce del río Ariège hasta la ciudad de Tarascón, en el Sur. Hubo un tiempo en que nos tuvimos que volver musulmanes para defender estas tierras del lobo de turno que se llamaba Carlomagno, el bastión más resistente fue Tarascón. Pero si tuerces hacia el Este, allí encuentras el santuario de la Catedral.

—¿Y a que ciudad pertenece? —Diego estaba cansado de que pretendieran hacerlo viajar sin saber a dónde.

—¿Pero no te estoy diciendo que todo esto es muy antiguo? La Catedral es de antes de que se crearan las ciudades —insistía Raimón—. De todas formas ya la verás, y cuando la dejemos atrás en dirección a Ax, nos encontraremos con el cauce de otro río que baja en paralelo al de Ariège desde el lago de los Druidas. El final de nuestro viaje está en el Montsegur, el «monte seguro». Y las montañas que se encuentran entre esos dos ríos, entre estos dos castillos, a decir Foix y Montsegur, las mismas que describen una punta de flecha que señala a la Catedral: son la sagrada región, el país del Grial, la tierra del mito.

«Otra vez el nombre de esa reliquia», cayó en la cuenta Diego. Y como Miraval lo trataba a su manera, de ignorante, no creyó que se espantara al hacerle la siguiente pregunta:

—El país de Grial..., la cruzada contra el Grial... ¿pero para vosotros que es el...?

Unos golpes sonaron en la puerta, a Miraval lo hicieron enojarse: «¡No pienso volver a la sala, ya está todo hablado!». Cuando el trovador separó los dos portones, apareció el rostro sorprendido y risueño de *na* Elisén. «¿Por qué cada vez que voy a nombrar el Grial —pensó Diego— tiene que aparecer ella?».

—¡Oh! perdone la brusquedad mi dulce damita —se disculpó Raimón—.

Elisén reclamó al almogávar utilizando un tono cantarín que simulaba una súplica: «Dieeego Elisa té reclaaama...»

A pesar del sueño que padecía, no tuvo más remedio que encaminarse acompañado de la molinera hacia la residencia de las damas, situada al otro lado del patio de armas. Se dejó introducir sin pedir permiso, nada más entrar en el receptáculo se percató de que Elena y Melisenda estaban atareadas. Vertían agua caliente de unas tinajas con la base ennegrecida en

una especie de barril cortado por la mitad de desmesuradas proporciones. Aún pudo reaccionar a tiempo y darse la vuelta. Una espalda desnuda, mojada y brillante salía de la barrica entre vapores de agua. «¡Qué piel tan blanca!» se sorprendió. Estaba surcada por una melena rubia rojiza, tan larga, que continuaba cayendo por unas pronunciadas curvas que de seguro eran sus caderas. Conmocionado por lo que creyó una torpeza, sólo logró balbucear una disculpa, consciente de que había interrumpido el baño de la Cebateire: «Perdón mi señora...»

—¿Qué dice este? —preguntó con arrogancia Elisa, que no oía bien a causa del requiebro constante del agua al recibir el barreño más líquido caliente.

—Me da la sensación de que le está hablando a la pared —afirmó Elena con picardía a la vez que dejaba otro cántaro vacío en el suelo.

El joven estaba de frente al muro de la habitación, cerca de la puerta y de espaldas a las cuatro mujeres. Reflexionó sobre lo ridículo de su situación. Tener que hablar de esa manera no le resultaba cómodo. Aquello era otro juego de la Cebateire, siempre empeñada en ponerlo en este tipo de aprietos. Estaba cansado de que lo tratara como a un crío o como a un ignorante campesino. Él sólo pretendía ser un aprendiz de caballero, guardar fidelidad a su amada. Por ello no quería darle el gusto de que le enseñara su cuerpo desnudo, y menos que consiguiera verlo nervioso para regocijo de la harpía.

—Voy a encomendarte una misión —le comunicó, con voz seductora Elisa de Castres desde la artesa— sabré recompensarte si lo consigues.

Aquel «sabré recompensarte» sonaba como si ella misma fuera a ser el premio. Siempre el mismo juego, la misma doble intención. Dentro de la corta distancia que los separaba de ellas, Diego oyó el sonido de un chapuzón. Alguien más se había introducido en la bañera y ahora lo salpicaba intencionadamente. Entre risas, las chicas se aprovechaban de su pretendida superioridad, abusando del buen carácter del muchacho para provocándolo de esta manera.

—Tus camaradas en Tolosa —continuaba la Cebateire— han dado buen resultado. Estoy contenta. Pero ahora necesitaremos más, para más ciudades.

Otra zambullida. Ahora menos ruidosa. Ya iban tres mujeres desnudas en la barrica. Con regocijo lo requerían para que se girara, como no lo hacía lo volvían a mojar, lo estaban poniendo empapado. «Lo que tengo que hacer es cortar por lo sano —decidió el muchacho— y marcharme

de aquí». Pero mientras pensaba esto intentó continuar la conversación: «Tengo entendido que en los límites del valle de Arán, hay un grupo de aldeas en las que se puede encontrar almogavería para reclutar. Si es ese vuestro deseo, puedo encaminarme hacia allí».

—¡No oigo lo que estas diciendo! —protestaba la Cebateire— acércate más. Mejor aún, ... métete con nosotras.

Diego se sentía muy incómodo, y encima tenía que aguantar los comentarios jocosos que causaba cada intervención de Elisa. Continuó sin hacer caso, como quien no oye: «Es en la aldea de Isil, no debe estar muy lejos de aquí. Una vez de vuelta a Tolosa mis camaradas podrían conseguir más hombres. También conocí en otro tiempo a una banda de navarros pero...».

Se abrió la puerta que tenía al lado. Por ella entró la Loba. No pudo reprimir una sonrisa pícaro al ver allí intentando mantener el tipo, cara a la pared, al joven y guapo mercenario.

—Sabía que no me ibáis a esperar —la señora de Cabaret miraba de refilón al muchacho— pero a lo mejor ha merecido la pena llegar tarde.

—No creas —la contradijo la Cebateire—. Nuestro celador no quiere velar por nuestra seguridad dentro de la tina.

—Bueno, pues mientras se lo piensa, yo me voy desvistiendo.

Y todas acentuaron el jolgorio al observar como la recién llegada comenzaba a desabrocharse su corpiño de brocado.

«Ya está bien», Diego cerró de un portazo, «¿qué se han pensado? no soy ningún bufón». Se sentía herido en su orgullo, no estaba por aceptar la broma. «Si no me he girado a mirar ha sido por respeto, ¡no aprecian el gesto! por respeto... y porque debo mi corazón a una muchacha». Diego pensaba que nunca le habrían hecho eso a Berenguer: «¡sí, seguro que no! Berenguer hubiera sabido como tratarlas, ¡menudo es él! ¿y Joaquín? ¡ah sí!, él sí que se habría metido con ellas. Y hubiera chapoteado en medio de esos cuerpos sonrosados por el agua caliente. Y las habría tocado, ¡vaya si lo habría hecho! allí todos juntos, apretándose contra ellas». Y se imaginaba la escena de camino a su pabellón. Un revoltijo de piernas, de pechos empapados, sumergiéndose en el agua, el vapor elevándose, sin saber quién es quién, restregándose, carne contra carne. De pronto cayó en la cuenta. En su fantasía, la imagen del protagonista de la orgía en el baño, ya no era Joaquín, ¡no! Era él, ... él mismo, retozando desnudo con aquellas brujas.

—¡Tengo que pensar en otra cosa! —se desesperaba hablando en voz alta, a igual que acostumbraba Joaquín— ¡tengo que pensar en otra cosa! No tiene sentido que haya emprendido toda esta aventura por Isabel, y no serle fiel ahora. Su recuerdo es lo único puro que me queda.

Entró en su habitación, sus vecinos ya se habían acostado. Torpemente empujó el tablero de ajedrez al suelo y las piezas cayeron. Tuvo que escuchar las protestas de sus acompañantes a la vez que se introducía medio vestido en la cama, acurrucándose en el lecho: «Debo mantenerme fiel, debo ser como esos caballeros poetas de los que hablan los trovadores». Intentaba conciliar el sueño, recordaba la blanca espalda de la Cebateire, la curvatura de sus caderas, «¿cuál de las dos hermanas se habrá metido y cuál no?», no podía evitar imaginarse desnudas a las dos, y también a la Loba, mirándolo de aquella manera. Acabó sentado en la cama: «¡Joaquín cómo té echo de menos! ¿qué estarás haciendo en estos momentos?». Las horas pasaron, su ánimo se calmó, pero no concilió el sueño.

Lejos de allí, en la ciudad de Tolosa, dos trovadores y un iniciado en la Gaia Ciencia también permanecían desvelados. La mesa estaba mal iluminada, tenían varias candelas encendidas pero eran pequeñas y alumbraban mal. Reinaba un total desorden de papeles, plumas y vasos. Joaquín se había equivocado de recipiente y con las prisas, y el ansia, había engullido un trago de tinta. Ahora hacía caras raras, padecía arcadas y creía que se iba a morir.

—¡Qué muerte tan bonita! —consideraba Guyot extasiado— rodeado de pergaminos, con una pluma en la mano y recopilando poemas.

—Me das envidia Joaquín —admitía Wolfram— te has asegurado la entrada directa al Parnaso de los poetas.

—¿No se os ocurre otra cosa? —se quejaba el turolense— estoy agonizando y es eso todo lo que me decís.

—¡Bah! no es para tanto —trató de convencerlo el provenzal— ya verás como se te pasa. Pero por si acaso continúa escribiendo, no sea que nos quedemos sin amanuense.

Los dos trovadores bromearon con su aprendiz, cuando Joaquín se recuperó del mal trago Guyot continuó: «Fue hace muchos años, siendo yo joven, en Toledo, la segunda capital de la *Hispania Gothorum* después de Tolosa. Un pagano que adoraba carneros me reveló el misterio del Grial, leyéndolo en las estrellas...».

—Así no hacemos nada —interrumpió Joaquín que no tenía muchas ganas de escribir— El uno me dicta estrofas en alemán, el otro en provenzal. Sólo riman de vez en cuando.

—No te preocupes —le aconsejó el germano—. Tú ve escribiéndolos aunque sea por separado, cuando regrese a mi tierra ya las ordenaré y encuadernaremos. Al fin y al cabo soy yo, y no Guyot, el designado a firmar la obra.

Joaquín mojó la pluma y apoyó su mano sobre la vitela:

Un pagano de nombre Flegetanis,  
al que se atribuía una gran sabiduría,  
elegido de entre la raza de Salomón,  
y surgido de la casa de Israel.  
Ofrece el primer rastro del Grial

Guyot el maestro de alto renombre,  
halló un pergamino en Toledo.  
En escritura pagana enrevesada,  
la leyenda que alcanza hasta  
la primera fuente de todas las leyendas.

El camino estaba enfangado, la lluvia caía fina y constante. El cambio de tiempo a Diego lo deprimía. Era el anuncio del final del otoño y de la llegada de otro invierno, ... su plazo se iba acortando. Desde su montura estiró las piernas y las agitó, pretendiendo que el agua se desprendiera de sus pantalones de cuero. En el transcurso del viaje había quedado atrás el castillo de Tarascón, con sus torres y edificios mudéjares que tanto le recordaban a los de su tierra. Aún sonaban en sus oídos algunos retazos de la conversación que habían mantenido las mujeres en aquel curioso grupo de peregrinos. No hacían más que hablar de «la Catedral», algunas veces le daba la sensación de que no se referían a una iglesia grande sino a una mujer. Tanto secretito y tanto cuchicheo le estaban empezando a fastidiar. Además: «¿quién ha podido tener la idea de construir una catedral en mitad de una montaña?».

Ahora iniciaban a duras penas la subida por el escarpado bosque, los laterales estaban marcados por unos gigantescos menhires, uno de ellos permanecía tumbado en mitad del camino, probablemente desde siglos y siglos atrás. Como estorbaba el paso de la comitiva, tuvieron que

pasar con cuidado por encima de él. Raimón de Miraval comenzó a tocar su laúd, al momento ya entonaba un cántico, y aquel sonido, junto con la neblina y la lluvia, impregnó el ambiente de una sensación extraña, mágica. Como si por ese camino se adentraran en los recovecos de una época pasada, antigua y sagrada. Por los labios de Miraval surgía la letra de una leyenda, Diego escuchó por primera vez aquel nombre: «Esclarmonde». La soberana del país de las hadas: Como el fantástico mundo en el que reinaba era matriarcal, el rey era consorte y se llamaba Oberón. Contaba la *cansón* como un día aquel matrimonio encontró en un bosque encantado un castillo con una capilla. Dentro de ella no hallaron ni altar ni crucifijo, al querer celebrar la misa surgieron del suelo cien espectros de monjes. Los mismos que les confesaron que Dios, el día de la gran batalla contra Lucifer, los había expulsado allí a consecuencia de haber permanecido neutrales. Iniciaron una ceremonia en la que apareció una Copa maravillosa, Oberón al beber de ella declaró no pertenecer a este mundo y querer retornar al paraíso. Al morir, su féretro se mantuvo en el aire gracias a la magia que emanaba de la Copa, y las hadas, acompañadas de los elfos, bailaron en círculo una danza fúnebre.

—Escucha Diego —el trovador reclamó su atención— ¿a ver qué te parecen estos versos de mi compañero Wolfram?:

Y los ángeles que en la batalla  
no combatieron en ningún bando  
cuando Lucifer entró en combate,  
fueron expulsados a la tierra.  
Ignoro si Dios los perdonó  
y qué habrá sido de ellos.

El bosque dejó paso a un ancho claro a los pies de una montaña en cuya falda se abría, oscura y majestuosa, la entrada a una gran cueva. En el aire se notaba el frescor y la humedad de algún manantial cercano. Había más gente. En el otro lado del claro estaban plantadas varias tiendas de campaña con alegres colores, a las que permanecían atados unos cuantos caballos. De las mismas salieron diversas personas, recibéndolos con muestras de entusiasmo.

A las afueras de Tolosa, en el campamento almogávar sonaban gaitas de duelo. No había ninguna alegría, dos almogávares habían sido asesina-

dos cuando pretendían cobrar su particular impuesto. Debió de ocurrir aprovechando la noche y por la espalda. Ambos pertenecían a la partida de Los Apatridas y los mesaches exigían venganza. Los dos adalides se entrevistaban con Nicolás que volvía de la ciudad tras haber realizado averiguaciones:

—¿Y cómo dices que se llaman? —preguntaba Juan Pablo—

—Son una especie de *truands*. Está claro que los ha traído el obispo, proceden de los arrabales de París, de un barrio conocido como la Corte de los milagros o algo así. Los llaman *argotiers* y cuando no quieren que los demás sepan qué están hablando, usan una germanía que sólo ellos comprenden, el *argot*.

—¿Qué pinta tienen y cuántos son? —Rodrigo Amat quería saber a que se enfrentaba.

—Han adquirido prendas del país y ahora es difícil distinguirlos. Comenzaron a llegar hace una semana sin que nos diera tiempo a controlarlos, estos sólo son los primeros, pero ya deben de ir por medio centenar. Por lo menos ellos, porque ellas...

—¿Ellas? ¿qué ellas? —insistió Juan Pablo.

Nicolás presentía el estallido de ira de su adalid. Siempre le pasaba igual, primero lo mandaban a recabar información y si luego no les gustaban las noticias le echaban la culpa a él: «Es que..., han traído a sus propias putas. Y las están instalando en las calles traseras del palacio obispal».

—¿Cómo se atreven? —Juan Pablo estaba furioso— ¡las rameras son cosa nuestra!

Amat estaba cavilando, se asomó a la puerta del barracón. Afuera los almogávares estaban esperando instrucciones, se les veía dolidos, sedientos de sangre. Se rascó las barbas comentando a la media docena de compañeros que tenía dentro: «Siempre me llamó la atención que sean damas de la alta sociedad tolosana las que nos paguen por proteger prostitutas. Ahora estos traen sus propias furcias, aquí pasa algo raro. De todas formas la intención del obispo está clara, pretenden sustituirnos. Habrá que estudiar al nuevo enemigo para inmediatamente... ¡atacar! —la cólera se apoderó de su rostro enrojeciendo según elevaba la voz— ¡Quiero ver su sangre sobre el suelo de esta ciudad, sus gritos de dolor alegrándome el oído, y a sus mujeres asustadas abriéndose de piernas para nosotros!». Acto seguido salió al encuentro de sus hombres, las gaitas cesaron, le rodearon ansiosos, exclamó en alto:

—¡Por la espalda, a traición y de noche! así han caído nuestros dos hermanos. Pero no nos conocen, no saben con quien se enfrentan. Solo os pido un poco de paciencia, contened vuestra furia y les asestaremos un golpe que nunca olvidarán —se giró hacia el horizonte, en dirección a donde estaba la ciudad— ¡venganza te alcance! ¡venganza! ¡venganza!

Y sus camaradas repitieron el mismo grito a lo largo del campamento. Juan Pablo agarró un montón de monedas del arcón, disimuladamente se las pasó a Nicolás: «cámbiate de ropa, simula otro acento, hazte pasar por un comerciante viajero y ve a visitar la mancebía de los *argotiers*. Sácales toda la información que puedas, no regreses si no tienes algo».

Ignorante de los problemas de su Partida, tras haber desensillado y pasado el cepillo a los tres caballos, Diego descansaba tumbado sobre la hierba del claro. En aquella especie de Arcadia feliz, el tranquilizador murmullo del agua del manantial sólo era interrumpido por los revoloteos de los pajarillos que surgían del bosque, a ratos el cielo se nublabá. A su espalda un pequeño camino conducía a la entrada de la gruta, los peregrinos llevaban mucho rato allí metidos, «¿cómo pueden llamar catedral a una simple covacha?». De vez en cuando oía cantos religiosos que provenían del interior. Una sombra se interpuso entre el sol y él:

—¿Aún estás enfadado con nosotras? —preguntaba Elisén con carita inocente.

El muchacho no respondió.

—Bueno —la chica no quiso insistir— luego te recompensaré enseñándote una cosa, pero ahora aséate que te tienes que presentar ante Esclarmonde.

—¿La reina de las hadas? —preguntó incrédulo.

—Pasas demasiado tiempo con los trovadores —le regañó Elisén— se te están pegando sus tonterías. Vas a tener el honor de conocer a Esclarmonde de Foix.

—Curioso nombre para una mujer de carne y hueso —afirmó el joven.

—«Esclar-mundi» —saboreó la pequeña molinera cada sonido de aquella palabra— «luz del mundo», ella es quien ilumina con su claridad toda la región y su poder llega más lejos de donde te puedas imaginar.

La chiquilla revisó toda la indumentaria de Diego. Le hizo quitarse la espada, luego hizo que se la volviera a poner, al final decidió dejarle sólo la funda, así parecería un hombre de armas pero sin alardes innecesarios

según ella. El muchacho aguantó con paciencia los cambios y arreglos de su atuendo hasta que Elisén se dio por satisfecha, cogiéndolo de la mano lo acompañó nerviosa hasta la entrada a la caverna. Sin saber por qué, Diego también quedó contagiado de aquella inquietud, al momento esta se tornó en asombro cuando una vez cruzada la antesala natural de piedra, se dio cuenta de la magnitud del recinto.

Aquella concavidad en el interior de la montaña, la ilimitada y oscura altura, así como la amplia hondonada que se perdía en dirección hacia las profundidades de sus entrañas, bien hubiera podido guardar el edificio entero de una catedral..., incluso el de varias. Desde el techo, y pendiendo de su lóbrega negrura, colgaban decenas de lámparas con enormes cirios encendidos, que junto con la luz y el calor que varias fogatas producían desde el suelo, creaban un resplandor con el que se lograba iluminar sólo una pequeña parte de la gran sala. Diego estaba perplejo, tenía la sensación de descender a otro mundo, un lugar muy distinto, desconocido. Acompañado de Elisén bajó por el terraplén. Era muy resbaladizo, formado por un cristal de roca casi transparente que brillaba con la luz, las paredes de mármol marrón oscuro estaban cruzadas por vetas claras, y por doquier, docenas y docenas de columnas formadas por estalactitas tan blancas como la cal. En el centro estaba situado un altar y una mujer en silencio terminaba de officiar una ceremonia religiosa. Era Esclarmonde, la Gran Sacerdotisa, rodeada por sus acólitos que permanecían sentados en unas gradas confeccionadas con madera y restos de estalagmitas. Desde la negra altura se desprendían gotas de agua, que al estrellarse contra el suelo, producían un eco sonoro, repetitivo, convirtiéndose así en el armónico compás de una melodía eterna.

—Por lo menos no tiene aspecto de rufián —Ramón Drut, un hijo bastardo del conde de Foix era quien mantenía esa afirmación. Un joven moreno, bien parecido y de agradables maneras, de esos que tanto gustaban a las damas, a medio camino entre el trovador y el caballero. Se encontraba acompañado de Aimeric de Montreal el hermano de doña Geralda.

—Diego es hijo de un hidalgo aragonés —exclamó orgullosa Elisén.

—Escúchame muchacho —le advirtió Ramón Drut— Si tienes algún interés en permanecer a nuestro servicio, vas a tener que convencer de ello a mi hermanastra Esclarmonde. Te aconsejo que seas sincero y evites las fanfarronadas típicas de tu oficio.

A su lado Aimeric, mucho más mayor y fornido que Ramón, asentía con la cabeza. Cuando los dos caballeros vieron como la pareja se dirigía hacia el banco donde estaban sentadas las damas, le comentó: «Será menester que Esclarmonde de el visto bueno a la defensa armada. Geralda sólo cuenta con una guarnición de doce soldados en su castillo de Lavaur, no quiero pensar lo que podría suceder si no logra pactar con Simón de Monfort».

El joven fue recibido por las señoras. Esclarmonde era la única que estaba sentada, tenía una edad indefinida, la bondad que desprendía su mirada le recordó mucho a la de doña Geralda. Llevaba un vestido negro muy sencillo y daba la sensación de estar custodiada por la condesa de Foix Felipa de Moncada y Aragón, la Loba de Cabaret y por Elisa de Castres. Sin saberlo Diego se encontraba en el corazón mismo de la herejía, tenía delante a la mejor representación del catarismo y de las fuerzas ocultas a él aliadas. Esclarmonde lo sometió a un interrogatorio, el muchacho tuvo la sensación de haber pasado ya por algo parecido en otra ocasión. Se explicó con la franqueza común a las gentes de su tierra, habló de su persona, de su promesa, y sobre todo de sus camaradas. Halagó de los mismos lo que consideraba virtudes y excusó en lo que pudo sus defectos, se comprometió a conseguir más efectivos, yendo el mismo a reclutarlos allende las montañas si era preciso.

—Agradezco tu sinceridad —afirmó donna Esclarmonde— pero sigo sin ser partidaria del empleo de las armas. Tampoco creo que debamos confundir la nobleza de tu corazón con la falta de piedad de tus camaradas.

—Mi señora —dijo Diego— os puedo asegurar la total fidelidad de los almogávares a la corona aragonesa, y a los intereses de la misma.

—Te contradices joven ribaldo —continuó Esclarmonde—. Vosotros fuisteis los que conquistasteis para Monfort las ciudades de Beziers y Carcasona, y ayudasteis a derrocar a mi desdichado sobrino Ramón Roger de Trencavel.

Diego se quedó sorprendido al enterarse de que estaba hablando con la tía carnal del Trencavel. Entonces le narró a la dama los tres encuentros que tuvo con el joven vizconde, el primero en el cerco del asedio, la misma noche de la traición del Legado Arnault Almaric, el segundo en la plaza de las hogueras cuando lo vio encadenado y, aunque en un principio dudó, al final le contó lo de los templarios, los túneles y de cuando halló muerto a Ramón Roger en las mazmorras de su propio palacio. La señora

se sobrecogió con el episodio de la burda copa envenenada y la palabra grabada en ella. Como prueba de todo lo expuesto decidió enseñarle la carta, doña Esclarmonde la tomó sin hacer preguntas por el lacre roto e inició su lectura. Compungida rompió a llorar, se levantó leyéndoles a sus damas: «...no hay verdad más absoluta, ni certeza más fiable, que la de que volveremos a vernos. Así terminó mi sobrino esta misiva».

Permaneció reflexionando un rato y finalmente decidió: «Sea así joven ribaldo, encárgate de conseguir más hombres para la defensa de Occitania y de nuestra fe. Ve a donde tengas que ir, que Dios te proteja y te de fuerzas para llevar a buen término tu misión».

Elisén volvió a coger al joven de la mano y se lo llevó dejando en el lugar a Esclarmonde acompañada de aquellas mujeres. A su manera cada una encarnaba un poder distinto dentro de la sociedad languedociana. La prima del rey de Aragón personificaba a la alta nobleza y era partidaria de forzar la intervención del rey, aunque ello significaría un conflicto directo con el Papa que de antemano Pedro II trataría de evitar. Loba de Cabaret representaba los intereses de la pequeña nobleza, la que más tenía que perder ante las tropas de Monfort y sólo apoyaría la lucha armada si podía contar con suficientes efectivos militares, de los que por ahora carecían. En cuanto a los intereses de Elisa la Cebateire y sus partidarias, permanecían envueltos en un halo de misterio, más cercano al paganismo que a las creencias de la herejía, pero que la obligaban a alinearse con las demás fuerzas en defensa de la civilización occitana,...su último refugio.

La pequeña molinera estaba muy interesada en mostrarle algo al muchacho, «la tumba de los Amantes» le había dicho. Ahora alumbrados por dos hachones encendidos deambulaban por el interior de la cueva. Elisén aprovechaba para contarle un suceso antiguo que ella tenía por real: «Hace muchos siglos, hasta estas montañas llegó Hércules acompañado de sus camaradas los argonautas. Venían buscando «el vellocino de oro» que era cómo un Grial de la época. Después de haber arrebatado los ganados al rey Gerión vino a parar al país de los Bebrices, gozó de la hospitalidad de su rey pero sedujo a su hija Pirene y la raptó. Tiempo más tarde se vio obligado a abandonarla en esta cueva. Le prometió volver al final de sus aventuras. Pero el tiempo transcurrió y Pirene al ver que su Hércules no regresaba enloqueció de amor. Como princesa real deshonrada no podía volver a su reino, vagó noche y día por estas galerías gritando el nombre de su amado. ¡Mira ahí debajo está la tumba de Hércules!».

Lo que la muchacha le mostraba era una enorme estalactita que pendía del techo con forma de basto. «¡Cuidado Diego!». Elisén le advirtió del tremendo abismo que tenía a sus pies, el precipicio cortaba la respiración, tan profundo que parecía no tener fin. «¡Sígueme!» le ordenó la muchacha. Mientras avanzaban por otra sala subterránea seguía contándole entusiasmada la historia de los amantes: «El mismo día que Hércules regresó de sus trabajos halló el cuerpo sin vida de la princesa Pirene. Acababa de morir de angustia. Lo cogió entre sus musculosos brazos paseándola desesperado por toda la caverna. Estaba arrepentido de haberle causado la muerte, rugió como una bestia el nombre de su amada. Tan fuerte lo hizo que el eco de sus gritos resonó por todos los recovecos de las sierras, su sonido se contagió al de otras cavernas que están unidas a ésta, y en toda la cordillera de las orillas de un mar a otro, se escuchó bien claro el nombre de su enamorada. Tanto es así que estos montes universales desde entonces llevaron el nombre de Pirineos. En honor a la princesa Pirene de la que son su tumba, ¡ahí la tienes!».

Un lago..., lo que la pareja veía a la luz de sus antorchas era una laguna subterránea. En sus aguas tranquilas se reflejaba la bóveda, pues era la parte mas baja de la enorme gruta, constantemente por su superficie se extendían círculos silenciosos, como resultado del persistente goteo. En su centro sobresalía una enorme losa de piedra blanquísima, señalada por Elisén como la lápida de la princesa, por ella corría de continuo un reguero de agua cristalina. Daba la sensación que la montaña lloraba eternamente sobre aquel sepulcro natural. Cuando más ensimismados estaban observando toda la belleza mágica que los rodeaba, algo extraño comenzó a suceder. Las gotas se multiplicaron, el silencio se rompió, por las grietas de las paredes descendían ahora riachuelos de barro, el lago entero se estremecía recibiendo con estruendo el agua que surgía de las porosidades calcáreas.

—¿Qué sucede? —Diego comenzaba a preocuparse.

—No es nada —Elisén intentaba mostrar entereza— esto quiere decir que afuera hay tormenta y aquí se vacía la lluvia que recoge la montaña, ¡vámonos!

Subieron hacia la gran sala de la Catedral. En contrasté allí estaba todo en calma, los peregrinos se habían disuelto en grupos, Raimón de Miraval iba de uno a otro sin que nadie le hiciera mucho caso, Esclamonde ya no estaba.

—¿Aún no te has ido? —la voz de la Cebateire surgió detrás de ellos.

—¡Vaya! nuestro guardaespaldas se ha perdido con tu doncella por las oscuridades —sentenció la Loba malévolamente— La historia de siempre.

Diego fue a contestarle cuando Elisa le corto la respuesta.

—Atiende ribaldo, he apostado por ti delante de todos, soy consciente de que mando a un crío para hacer la tarea de un guerrero, parte en cuanto deje de llover y no se te ocurra defraudarme.

Tronaba en el cielo. Por momentos, en la lejanía gris se percibían pequeños relámpagos, casi chispas de luz. Diego había dejado a caballo el Sabartés oyendo truenos, y aunque todavía no se había mojado con la lluvia, seguía escuchándolos cada vez más cercanos. Tras varios días cabalgando accedía ahora al valle de Arán. No quería reconocerlo, su orgullo juvenil se lo impedía, pero se había perdido. Fue una temeridad tomar exclusivamente como referencia las pequeñas indicaciones del adalid Amat. «¡Vete a saber dónde estará esa maldita aldea de Isil!, ¡suponiendo que exista!». Pero en su fuero interno deseaba hallarla, que estuviera poblada por cientos de almogávares desocupados, que les diera por atender sus peticiones, y que se dejaran convencer para embarcarlos en la defensa de la región del Grial. Ahora tras tantas horas de viaje había tenido tiempo de meditar la importancia de su cometido y el resultado de su nueva situación. Era el momento de jugar el papel de mediador, entre unos mercenarios de los que conocía su carácter e idiosincrasia y el de unos grupos de nobles colmados con unos ideales tan extraños, como repletos de oro se suponían sus arcones. No había encontrado un alma desde que dejó a los peregrinos occitanos, se hallaba en la soledad de las montañas. Comprendió el carácter recio y austero de las gentes que hubieran podido criarse en aquellas sierras, pero también entendió la necesidad que en las mismas podía despertar la codicia de otras tierras, de las lejanas vegas, de las riquezas supuestamente acumuladas en las ciudades de los valles, que casi en forma de leyenda, llegaban a los oídos de los siempre aislados montañeses. Creyó ver en el horizonte un par de ovejas, según avanzaba aparecieron más, e intuyó que se trataba de un pequeño rebaño. Como no hay grey sin pastor se dirigió con la intención de localizarlo para que le indicara alguna dirección que tomar. Lo halló al cobijo de unas rocas, era un individuo enorme,

hosco, con la mirada recelosa, del cual no obtuvo ninguna contestación. Al rato se dio cuenta de que estaba ido, una terrible cicatriz cruzaba el pelo de su cabeza, tal vez fuera esa la causa de su demencia. Continuó en compañía de su caballo, el encuentro con el pastor le había dejado mal sabor de boca. Después de varios días incomunicado en aquellos páramos hubiera agradecido un poco de conversación, de todas formas ahora se sentía vigilado, varios pájaros habían salido volando a cierta distancia suya, y él no podía haberlos asustado. La vegetación era demasiado baja, por lo cual no podía estar escondiendo a ningún hombre, y menos durante tanto tiempo. Comenzaba a anochecer, en la monotonía de su destierro empezaron a aflorar los viejos fantasmas de los extraviados. Conocía historias de brujas y de lamias, de ogros, de ondinas y duendes y ya no era sólo un presentimiento el de saberse controlado. Podía jurar que había oído pasos tras él, por el tamaño de sus escondites no podían ser personas. ¿Quién se lo iba a decir?, ahora los misteriosos ruidos le producían temor, se disgustaba consigo mismo, ¿cómo podía tener miedo la misma persona que participó en la toma de Beziers, quien entró de los primeros en el asalto a Carcasona, el mismo que se había curtido en las luchas callejeras de Tolosa?: «sólo se trata de unas pequeñas sombras». No tuvo tiempo de reaccionar ni de verlo venir, algo impactó contra su cabeza, perdió la vista y cayó de su montura.

Los peregrinos tuvieron que hacer un alto antes de llegar a su destino después de dejar el santuario de la Catedral. El siguiente castillo estaba más elevado que cualquiera de los visitados, y con la llegada de la noche, subir semejante *pog* sin ayuda de guía, era una temeridad. Los caballeros plantaron las tiendas de campaña para cobijo de las mujeres y ellos decidieron dormir a la intemperie, haciendo así uso de la galantería ante las damas, las cuales aprovechaban para hacer juegos de halagos y lisonjas hacia ellos, siempre tan incondicionales al uso de la *cortezía*. A media noche la Cebateire salió a calentarse a los pies de la fogata cercana a su tienda, estaba desvelada, la proximidad al castillo del Montsegur, que era muy distinto a una simple fortaleza, la inquietaba.

—¿No puedes dormir Elisa? —le preguntó con dulzura Ramón Drut.

—Estoy ordenando mis pensamientos —contestó la Cebateire sin apartar los ojos de las llamas— en leves instantes conciliaré el sueño.

—Conozco mil formas de relajar a una dama —se acercó sentándose a su lado— y no me refiero a cantarle poemas.

—Me imagino a que te refieres —contestó orgullosa— y deberías saber que yo conozco el doble de formas que tú para hacer lo mismo con un hombre.

—No dudo de tus conocimientos Elisa, pero a no ser que hayas roto tu voto de virginidad, yo podría mostrarte alguna nueva. Créeme.

—No te hagas ilusiones, en algún lugar al otro lado de los Pirineos hay un rey al que me he de entregar. Él lo sabe, y mi recuerdo le priva del sueño muchas noches. Lo sé, porque tengo aliados que se lo recuerdan.

—Disculpa que te diga que es una empresa en la que llevas empleados muchos años, y al parecer no ha dado buen resultado —insistió el caballero— ¿No temes fracasar ante el rey?

—Bueno —confirmó sonriendo la Cebateire— si fallo ante el rey, siempre me quedará Ramón Drut, el «Infante de Foix».

Desde el interior de la tienda y rompiendo la calma nocturna, se oyeron unos desgarradores gritos de angustia. Inmediatamente entró en ella Elisa seguida de Ramón Drut. Las hijas del cónsul tenían a Elena la sarracena sujeta de los pies y los hombros, mientras se convulsionaba violentamente sobre su lecho. Cuando a la Cebateire le pareció oportuno despachó a todos, quedándose a solas con su criada.

—¿Estás mejor ahora? —preguntó Elisa mientras le ofrecía una escudilla con agua.

—Hacia tiempo que no me daba tan fuerte —la pobre muchacha sudaba y se la veía asustada—. He visto mucho dolor y mucha crueldad.

—Explícame como ha sido la visión, y juntas le buscaremos un significado.

Elena pasó a describirle a su señora lo que había visto en sueños. Le habló del castillo del *pog* en llamas, de centenares de personas que bajaban a empujones custodiadas por cruzados. De decenas y decenas de hogueras que se extendían por la misma explanada en donde estaban acampadas, llegando a confundirse en la noche, con una prolongación más del brillo de las estrellas. Le habló de muerte, de derrota y sufrimiento.

—¿Cuándo calculas que puede suceder eso? —preguntó Elisa.

—No estoy segura —confirmó Elena más tranquila— pero no tengo la sensación de que sea una premonición inmediata.

—Si no es una premonición inmediata, es algo que todavía no va a suceder y que por lo tanto podemos evitar. Tal vez sólo se trate de una advertencia enviada por la Diosa ahora que estamos tan cerca de su bosque —sentenció la Cebateire—. No digas nada a nadie, ni siquiera a las molineras.

—Como tú ordenes.

La cabeza ya no le dolía pero estaba atontado. Hacía poco que había recuperado el conocimiento, se encontraba dentro de una cabaña de esas en que sus moradores comparten vida y calor con el ganado. Una silueta borrosa se acercó hacia él, de la mano le pendía un *cortel*,...;su *cortel*!

—¿Qué hace un faidit con un cuchillo como este?

Diego tardó en ordenar sus ideas y recuerdos. Tenía delante de él a un individuo delgado, que caminaba ligeramente encorvado hacia delante, vestía unos pantalones de cuero muy ajustados, la cabeza completamente pelada y un aro a modo de pendiente colgaba de su oreja. Lo miraba fijamente, con unos ojos azules que denotaban desconfianza, se acercaba mientras le preguntaba algo. Entonces cayó en la cuenta y recordó al pastor, a los páramos, los duendes por detrás de los matorrales, la pedrada en la cabeza. Desde el suelo, encima de un montón de paja, el muchacho respondió: «Me llamo Diego de Marcilla y pertenezco a los almogávares de Tolosa».

—¡Tú no eres almogávar de origen! —le recriminó el montañés.

—Cierto, soy de Teruel y dependo de la partida del Pobo. Juan Pablo es mi adalid.

A su desconocido observador le cambió la cara al oír el nombre de Teruel.

—¡En Teruel han estado combatiendo mis hijos! de hecho estoy esperando su regreso.

—¿Combatiendo dices? —Diego se alarmó— ¿qué ha pasado? llevo ya mucho tiempo ausente de mi tierra.

—No te preocupes, nada especial —ahora en un gesto amistoso le entregaba su *cortel*—. Lo de siempre..., nuestro monarca envió una expedición contra el rey Lobo de Valencia, y se han conquistado las plazas de Ademuz y Castelfabib.

Al joven le remordió la conciencia. Cuántas veces le había aconsejado su padre que pospusiera su viaje a las cruzadas en espera de nuevos ataques

en la frontera. Siempre pensó que era una argucia para retenerlo a su lado. Ahora se daba cuenta de que tal vez, ¡sólo tal vez!, la gloria en el combate y el reparto del botín que pretendía, lo podía haber conseguido sin dejar de lado a los suyos. Pero ya no había vuelta atrás.

La conversación continuó, tenía delante al adalid de la partida de los Monteros, al que llamaban «el Calvo». Aquel conjunto de aldeas en aquella especie de tierra de nadie, servía de base y de descanso para muchos almogávares veteranos, que una vez retirados de su vida de pillaje terminaban sus días pastoreando, si no se lo impedían sus heridas: «Pero aquí ya no hay más que viejos inútiles, críos y mujeres. Si necesitas almogavería para tus señores, yo te puedo conseguir gentes de las partidas que ahora están siendo licenciadas. Después de cada conquista siempre pasa igual, los primeros que les estorbamos somos nosotros».

—¿De cuánta gente estamos hablando? —pregunto Diego interesado— ¿y de donde piensas sacarlos?

—No es por presumir pero mis dos hijos ya son almocadenes y gozan de la confianza de las partidas. Estaríamos hablando en un principio de trescientos a cuatrocientos almogávares. Si hay oro de por medio puedo mediar para más. Te hablo de la partida del Este, la que llaman de «los cuatro cabras», y de la otra que siempre andaba en la frontera con Castilla conocida como «la Hermana Cruel». Que conste que para reclutarlos tardaremos semanas, por no hablar de que se viene encima el invierno.

—Trato hecho, yo no podré esperarlos, reclútalos tú y que se dirijan al castillo de Foix, que se pongan a las órdenes del contratante Ramón Drut.

—¿El hijo bastardo del conde?

—Ese mismo, recuérdales que el enemigo serán las tropas papales.

—No está mal combatir contra cristianos, para variar.

Diego conoció a la esposa del Calvo que lo atosigó a preguntas, lo trataron amablemente, le dieron de comer, le repusieron los víveres. Agradeció la hospitalidad y emprendió de nuevo el camino por temor a que lo aislara alguna nevada.

—Entonces en eso quedamos, doble soldada y botín —trató de confirmar el Calvo.

—No lo dudes, doble soldada y botín —le aseguró Diego.

Al salir de la cabaña le dio la sensación de encontrarse delante de unos enanos cubiertos de pieles de los pies a la cabeza. Tenían las caras oscurecidas con ceniza, en sus manos portaban azconas a su medida, algunos llevaban dos cuerdas unidas a un trozo de cuero de las utilizadas para lanzar piedras.

—Venga, venga, no molestéis —les reñía el Calvo— este caballero ha venido a ofrecernos trabajo. No les hagamos caso, estos son los que te cazaron, son los hijos de los almogávares.

—Ahora entiendo muchas cosas —se comprendió Diego— ¡por Dios que tienen buena puntería con las piedras!

—Ya sabes como son estas cosas —los excusaba el Calvo— las criaturas se pegan todo el día solos en el monte, sus madres no pueden con ellos, de vez en cuando capturan algún peregrino o algún refugiado y lo arrastran hasta la aldea para hacer la gracia.

Pero el Calvo no era del todo sincero. El trajín de los hijos de los almogávares no era del todo casual, y obedecía a una disciplina muy antigua a la que sometían a todos los niños apenas comenzaban a andar. Para empezar apenas les procuraban comida, de esta forma aquellos críos se veían obligados a robarla evitando ser sorprendidos, de lo contrario eran duramente castigados. Ello hacía que espabilaran, que se acostumbraran al riesgo, a trabajar en grupo, y ayudarse unos a otros. Su vestimenta era ligera tanto en invierno como en verano, se convertían en cazadores, andaban descalzos por el bosque, y se fabricaban sus propias armas.

Ensiló su caballo ante la mirada curiosa de toda la aldea, se despidió e inició el regreso. Si su intervención había sido válida sería algo que podría comprobar en los meses siguientes, era todo lo que podía hacer, de todas formas lo consultaría con sus camaradas de Tolosa, como veteranos sabrían si era posible conseguir más gente de fiar. Se acordó de los bandidos navarros y de su amigo Martín de Algais, pero no tenía claro que aceptaran un cambio de bando, de todas formas tendría que intentarlo. Si lograba convertirse en uno de los reclutadores del nuevo ejército occitano, tal vez consiguiera hacerse con un puesto destacado, ganarse el respeto de los nobles, incluso controlar un día su propia partida.

De nuevo los mismos páramos solitarios a unas millas de la aldea. Otra vez la sensación de ser vigilado, una piedra lanzada con honda silbó en el aire, la segunda aún le pasó más cerca, «¡dichosos críos!». Los

hijos de los almogávares volvían a hacer de las suyas, esta vez jugaba con ventaja pues tenía el sol de frente, pero las pedradas no cesaban. Inclino su silueta y espoleó el caballo, se rió por dentro: «prepárate Simón de Monfort, si estos son sus hijos, espera que regresen sus padres».

La mancebía ardía. El fuego había estado apunto de prolongarse al palacio Obispal de no haber sido por la propia intervención de los vecinos, de todas formas no pudieron hacer más en cuanto aparecieron aquellos demonios enmascarados. Ahora cuatro *argotiers* yacían asesinados en el suelo, y sus ejecutores pedían más sangre. Pero allí ya no quedaba nadie, ni clérigos crápulas, ni clientes remolones, el segundo lupanar de Tolosa había dejado de existir.

Desde uno de los tejados, los dos adalides dirigían la operación. Estaban disgustados, sus nuevos enemigos eran muy escurridizos, manejaban el engaño como nadie, sabían disfrazarse, era muy difícil tenerlos controlados sin contar con más apoyos.

—Me dan ganas de quemar la ciudad entera —rugía Rodrigo Amat— y cortarles el cuello a sus rameras.

—A mí también me sabe a poco esta venganza —confirmaba Juan Pablo— pero a diferencia de nosotros los *argotiers* se saben manejar en el entramado de la ciudad. Nosotros no, deberemos aprender.

Nicolás accedió a la terraza para dar novedades a sus jefes. Se había pegado tres días enteros a cuerpo de rey en la extinta mancebía para planificar el ataque desde dentro. De hecho él era quien había iniciado el incendio y eliminado a la primera víctima: «Se han escapado los demás, son muy escurridizos, seguro que estarán escondidos debajo de los hábitos de su maldito obispo. Ya nos hemos llevado a las putas a nuestro campamento, aquí ya no queda nada».

—Está bien esta noche tendremos fiesta con ellas —indicó Juan Pablo.

—Debo advertiros de una cosa —proseguía Nicolás— estas proceden del puerto de Marsella y están en Tolosa en contra de su voluntad, secuestradas y explotadas por los *argotiers*.

—No me importa su voluntad —dijo Amat.

—No es esa la advertencia, lo que quiero deciros es que están enfermas de bubas.

—¡No fastidies! —se desconsoló Juan Pablo— ¿y cómo pueden ejercer pues?

—No trabajan con lo que tienen en medio de sus piernas —decía Nicolás— lo hacen con la boca.

—¿Con la boca? —se quejaron a coro los adalides con ostensibles gestos de asco.

—No podéis imaginaros...—Nicolás puso cara de sufrimiento— lo que he estado padeciendo estos días.

—Nada, nada, esta noche lo celebraremos con las de siempre —se resignaba Juan Pablo— Y a éstas, o las soltamos, o se las entregamos a la Cebateire.

Unas calles mas arriba, desde uno de los balcones del palacio condal, Joaquín y los dos trovadores, observaban en la distancia los destrozos ocasionados por la supuesta Cofradía Negra, de la que ya todos comenzaban a sospechar su relación con los aragoneses llegados en la primavera pasada.

—Esto traerá problemas al Conde —sentenciaba Guyot el provenzal.

—Un enfrentamiento tan directo con el obispo lo va a dejar en una situación muy delicada —le daba la razón Wolfram— Dentro de nada circulará el bulo de que han intentado quemar el palacio del obispo con él dentro, ya lo veréis.

—¿Y cómo pensáis vosotros que se le podrían parar los pies al obispo Fulco? —preguntaba Joaquín.

—Pues haciendo lo que hasta ahora no se ha hecho —discurría Guyot—. Es decir, unir a todos los partidarios del conde en un frente común y dejarnos de tonterías.

—¿Te refieres a...?

—Pues sí Joaquín, a la Cofradía Negra —dijo Wolfram—. Por lo menos ya se ha hecho con un nombre y con un temor. Pero dejemos la política y dediquémonos al arte mientras podamos. ¿Has terminado los poemas de hoy?

Joaquín se quejaba, llevaba todo el día dándole a la pluma, se excusaba diciéndoles que ya era de noche, que estaba muy impresionado por lo del incendio, que le dolía una muela, que tenía frío.

—Además —se lamentaba— no hacéis mas que nombrar al Grial, y cada vez tengo menos idea de lo que realmente es.

—Es una copa —afirmó el provenzal.

—Es una piedra —lo contradijo el alemán.

—¿En qué quedamos? —se desesperó.

Cediendo a sus deseos, Wolfram le contó que en el principio de los tiempos hubo un gran combate entre Dios y Luzbel. Que de la corona que portaba este último, durante la lucha se desprendió una esmeralda en forma de vaso.

—El mundo es dual —sostenía el germano—. Para que exista el bien, tiene que existir el mal. Algo que no siempre se puede distinguir. Luzbel es la *bella luz*, pero también... *la luz de Bel*.

—¡No hace falta que sigas! —se incomodó Guyot— díctale unos cuantos versos y que se vaya a la cama de una vez. Mira como bosteza.

Joaquín de mala gana agarró la pluma, tuvo que cambiar de pergamino pues por descuido ocasionó un borrón en el que le habían puesto delante. Wolfram le dictó:

Sólo un castillo se alza solitario  
suprema recompensa del deseo terrenal.  
Quien expresamente lo busca con afán,  
jamás por desgracia lo encuentra,  
y tantos son los que se afanan por él.  
¿Aún os es desconocido señor?,  
su nombre es Montsalvasche.

Montsegur, lo que Diego tenía a la altura de su vista era la fortaleza del *pog* del Monte Seguro. Estuvo siguiendo las indicaciones precisas para encontrar a los peregrinos, había ladeado el Pico de San Bartolomé, cruzado cerca del Lago de los Druidas, ahora estaba frente a aquel extraño bastión. Pero eso no era un castillo defensivo. Su forma de sarcófago resultaba extraña, su orientación curiosa, militarmente su mejor defensa residía en la inaccesibilidad, pero aún así: «otro misterio más de Occitania». Las molineras y su primo Belibaste salieron a recibirlo, cuando a duras penas y obligado a descabalgar, accedió por fin al *pog*. Belibaste enseguida le confesó que ya había iniciado el proceso de preparación para convertirse en un perfecto, el equivalente hereje de un sacerdote.

—Ya me parecía a mí —dijo Diego— este castillo es pues un monasterio.

—No Diego, no es un monasterio —replicó Belibaste— ya era un templo ibero siglos antes de ser fortaleza. ¿Ves la sombra de la puerta

instalada justo en su mitad? pues eso quiere decir que es mediodía. ¿Y esas ventanas en forma de aspillera estrecha? pues según penetra el sol por ellas nos indican en que signo del zodiaco estamos. Todo este monte en un calendario en concordancia con el astro rey.

«Más os valdría erigir castillos inexpugnables como los de mi tierra —pensaba Diego— que construcciones para mirar estrellas. Así os va luego con los franceses».

—¿Está aquí Donna Esclarmonde? —preguntó el muchacho pretendiendo ir a explicarle las novedades.

—Sí —contestó Melisenda— pero primero debes de ir al bosque de Belena. Elisa de Castres está con Elena allí acampada.

—¿Tengo que bajar otra vez? —se quejó Diego— si no he hecho mas que llegar,...ya iré mañana.

—Un soldado indisciplinado por lo que veo —observó Elisén.

—No hermanita —decía Melisenda— los soldados pueden ser indisciplinados, pero los mercenarios siempre son holgazanes.

—¡Iros al demonio! —se resignó a descender para ir a buscar aquel dichoso bosque.

Diego recorrió collados y cañadas hasta que vislumbró la tienda multicolor de la Cebateire. No entendía cómo no les daba miedo permanecer dos mujeres solas en aquel lugar, pero a decir verdad, ¡pobres los bandidos que toparan con ellas!. Primero se encontró con Elena, se alegró de verlo, la chica estaba muy desmejorada, delgada y pálida, parecía estar saliendo de alguna enfermedad, le indicó el sendero por donde hallaría a Elisa la Cebateire. Siguiendo la indicación por fin encontró a la dama al lado de un antiquísimo tabernáculo de piedra con aspecto de mesa, por uno de sus laterales manaba una fuente en forma de almendra. La mujer se frotaba el cuello con el agua que de allí caía, a sus pies reposaban dos enormes copas que contenían los restos de una libación ceremonial, con la que se había embriagado. A pesar de los extraños símbolos y ofrendas religiosas esparcidas por el altar, el muchacho intuyó que todo aquello no tenía nada que ver ni con la herejía cátara ni con la ortodoxia católica.

—Elisa,... aquí me tienes, ya he regresado.

La Cebateire giró la cabeza. Su rojizo cabello estaba revuelto, sonrió maliciosamente, con voz quebrada y la mirada aturdida dijo irónica: «Ya ha vuelto Diego ¡el general de mis ejércitos! ja, ja».

El joven captó el sarcasmo y trató de excusarse: «Bueno, no ha ido tan mal. Creo que podré reunir más almogávares, pero por ahora...».

—¡Ya lo sé todo! —le cortó la maga—. Elena me lo había predicho.

Se le acercó, su aliento olía al extraño licor, lo miró con lascivia mientras con su mano derecha se restregaba la humedad del agua por el contorno de su escote. Era un acto tan premeditado como sensual.

Otra vez los juegos de seducción, pensó Diego, pero esta vez decidió mostrar entereza, no desviar la mirada ni dejarse engatusar por su voluptuosidad.

—¿Con cuántas mujeres has estado? apostarí a que con ninguna.

—¿A qué viene esa pregunta? no es indagación digna de una dama.

—Ah, sí, ¡vaya! lo había olvidado, ¡mi católico mercenario! —Elisa divagaba— ¡el pecado de la carne!... y esas cosas.

Diego no entendía lo que le quería decir, pero no por ello bajaba la guardia ante semejante arpía, se mantenía a la defensiva. Elisa cada vez se le acercaba más.

—Eso es lo que os han enseñado los curas —decía desafiante la Cebateire— pero aquí no te vale. Este es el sagrado bosque de Belisena, ¿seguro que no sabes de qué te estoy hablando?

El muchacho primero negó con la cabeza para inmediatamente repetir el gesto haciendo una muestra de afirmación. Se dio cuenta tarde de su torpeza, estaba mostrando debilidad. La maga se alegró al percatarse de que conseguía ponerlo nervioso.

—¿Te doy miedo? —Elisa de Castres lo provocaba— ¿te apetece tocarme? ¿acaso no te gustaría poseerme?

—Te equivocas conmigo —se defendió Diego— soy tan hombre como cualquiera. Pero he hecho un voto de fidelidad a causa de una promesa de amor y no estoy dispuesto a romperlo.

Elisa se regocijaba con las excusas del joven, distanciándose de él, le comentó: «Hubo un tiempo en que esta cordillera permanecía virgen, hace cientos de años, mucho antes de que penetraran las extranjeras religiones de oriente. Te estoy hablando de una época en la que Dios era mujer. Y así fue hasta que apareció otra divinidad en el cielo, esta vez un Jehová cruel y despiadado que entró en combate con la Diosa Maga. El resultado del mismo fue brutal, y acabó con el cercenamiento de uno de sus senos —mientras decía esto se tocó el busto como si de verdad le doliera una antigua herida— lo que luego ocurrió fue

maravilloso. Su pecho cayó a la tierra, *occidere*, mientras un reguero de leche y *calostros* salpicaba el cielo describiendo un blanco camino que aún hoy se puede ver de noche, «la vía Láctea». Cuando se desplomó en forma de montaña, de sagrada peña, de ella surgió la vida y fue el inicio de nuestro mundo. Por eso veneramos estas copas, porque representan los pechos de la Diosa Madre, de la Diosa Maga».

Guardó un momento silencio y volvió a mirar al muchacho, escrutando sus gestos. Diego no parecía compartir aquella especie de revelación, pensaba que la dama desvariaba a causa del licor. De alguna forma la Cebateire adivinó sus pensamientos y exclamó despreciativa: «¡Seguro que no entiendes nada! ¿sabes cuál era el nombre de aquella Diosa? ¿no? pues estás en su bosque, en el bosque de Belena, de Belisena. Lo único que queda de lo que en otros tiempos fueron los Campos Elíseos, que se extendían por toda la cordillera, yo llevo su nombre, Elisa, la Diosa Elisa. ¿Nunca has caído en la cuenta de que la mayoría de las mujeres de este país llevan una variante de su nombre?, Elena, Elisén, Melisenda...».

Las facciones de Diego denotaban desconcierto, jamás por su cuenta hubiera caído en lo de los nombres, la Cebaterie lo notó y siguió con su particular adoctrinamiento: «Y el nombre de la Diosa Madre aún permanece en el de muchas hembras, algunas veces más disimulado, como en Elionor, Felipa, Isabel...».

—¿Cómo que Isabel? —cometió la torpeza de preguntar.

Se hizo un silencio.

—¿Quién se llama así...? —indagó la Cebateire con suspicacia. Al no obtener respuesta decidió arremeter—. Seguro que alguna vulgar campesina del sur, con las uñas sucias de arañar la tierra y el vientre atiborrado de carne de cerdo —atisbaba inquieta cualquier reacción del joven—. Ah ya veo, debe ser de otra manera, tal vez una dulce e ignorante pastora de tu tierra, con olor a oveja y a queso rancio. ¿Me equivoco?

Diego no quiso decirle nada, callado preveía y evitaba los ataques de Elisa, por ello permaneció serio y en silencio.

—Para tu curiosidad has de saber que el nombre de Isabel también deriva del de la Diosa Maga. En la cercana Aquitania o en la Normandía aún las llaman con la forma antigua,...«Elisabeth» —volvía a sonreír taimada—. Lo que no me esperaba es que estuvieras bajo la influencia de una de nosotras —seguía preguntando con astucia— ¿me vas a contar quién es?

—No es asunto tuyo.

—¡Mi ribaldo predilecto tiene secretitos! —exclamaba con sorna y voz melosa—. Yo te estoy contando los míos..., ¿no vas a compartir los tuyos?

Pero Diego no hacía intención alguna de hablar. Sabía que cualquier cosa que dijera sería inmediatamente empleada por la otra para soliviantarle.

—Ah, ya veo que no quieres hablar —confirmaba la Cebateire— pero yo tengo mis métodos para sonsacarte cosas, ¿no sabes que todas las mujeres somos magas? —y se respondía a sí misma—. Pues sí, igual que la Diosa Maga, que la gran Madre Elisa.

Se subió encima de la losa de piedra que servía de altar pagano, se arrodilló frente a Diego y le hizo una señal para que se acercara: «Veremos a ver lo que aguantas —dijo retándolo— ahora comprobarás porque las mujeres somos superiores, ahora sentirás la magia que emana de la Diosa Madre».

Acto seguido clavó su mirada azul sobre los ojos claros del muchacho y comenzó lentamente a bajarse la blusa de tela blanca que sobresalía de la almilla de su corpiño. El almogávar aceptó el desafío y le sostuvo la mirada, negándose a apartarla hacia otro lado, a pesar de la tentación lo soportaría. Cuando la tela quedó recogida mostrando parte de sus senos, Elisa se desató la prenda que los comprimía y continuó bajándola, muy despacio, dándole tiempo al otro para que cediera y acabara bajando la vista. Era invierno y Diego sudaba.

—¡Siente la magia...! —susurraba despacio la Cebateire— ¡sientela y cede a su poder!

Era superior a sus fuerzas, Diego no podía evitarlo, no tenía intención de dejar de mirar sus ojos. Pero fuera magia o brujería, notó como dentro de los calzones su miembro aumentaba de tamaño. Pensó que hace mucho tiempo, en otras circunstancias, y en otro lugar, también tuvo a una mujer arrodillada así. Por derecho le pertenecía lo que corresponde a todos los vencedores en una guerra, y más si eres mercenario. Pero se comportó como un caballero y no se le ocurrió abusar de aquella pobre señora, entonces el superior era él, ahora estaba en desventaja. No podía ceder, eran sus principios, su moral, estaba enamorado de una chica a muchas millas de allí, ¡Dios sabe en que situación se encontraría la pobre! Tenía que aguantar la mirada en la misma dirección, era su prueba. Aunque al fin y al cabo estaban solos, Elena no les molestaría, ¿quién

se iba a enterar? podía poner fin al juegucito de Elisa y de su maldita diosa, ¡tan ramera la una como la otra! Le daban ganas de acercarse, de tumbarla sobre el altar, levantarle las faldas, con su afilado *cortel* podría rasgar cualquier prenda que llevara debajo. Poseerla, embestirla una y otra vez, hasta vaciarse en ella, se saciaría de todas las penas, de todas las trabas sufridas. Ya era demasiado tarde, jamás averiguaría en que momento cedió su voluntad, tal vez fue el brillo del medallón que ahora estaba contemplando entre sus pechos desnudos, blanquísimos, con los pezones sonrosados, en esa postura era la viva imagen del demonio, la otra sonreía y parecía decirle: «Te vencí...».

Reaccionó rápido, se hincó de rodillas, e introdujo su cabeza en el agua de la fuente, su frío le heló las sienes, aspiró una bocanada del gélido líquido, le entró por las fosas nasales, tosió y se incorporó mirando a la mujer. Ella permanecía tranquila, ya había recompuesto su atuendo, estaba de espaldas ordenando los exvotos del altar y sin fijarse en él, le dijo: «Debes de quererla mucho, aún así no has superado la prueba, tranquilo,...sólo eres un hombre».

—¿Qué te pensabas que era? —respondió Diego dolido.

—Yo puedo convertirte en algo más, ¡puedo hacer de ti un hijo de Belisena! ¿no te interesa? Te advierto que tengo a mi cargo a las hijas de las principales familias de este país.

—Soy católico —dijo Diego marcando con ello una diferencia. La de haber sido educado en una creencia sencilla, en la fe de sus padres, lejos de las doctrinas heréticas con las que ahora tenía que convivir. Una cosa era aceptar a los mudéjares o a los judíos, pues siempre habían estado allí, pero todo aquel paganismo era demasiado para un hombre de la frontera. Lo malo era que la Cebaterie, tenía respuestas para todo.

—¿Católico? sí claro, como Simón de Monfort.

Elisa se volvió hacia él guardando la distancia, colocó sus dos manos cruzadas por debajo de su vientre, a la altura de su sexo y en un tono conciliador le hizo una pregunta: «¿Cómo llamáis a esto en tu tierra?,...no te preocupes no te lo voy a enseñar». Diego volvió a ponerse en guardia, ¡todo era tan misterioso en aquella arpia! hizo memoria, se le ocurrían muchos nombres pero no tenía intención de darle el gusto en pronunciar alguno.

—Está bien te ayudaré —cedió la maga— ¿qué expresión utilizáis en tu tierra para decir que una muchacha es virgen?

—Muchacha en flor —se atrevió Diego a contestar.

—Muy bien, ¿y cuándo se hace perder la virginidad...?

—Desflorar, supongo.

Levantando su medallón se lo puso a la altura de los ojos: «¿Entonces que significa este emblema?». Diego se encogió de hombros y ante la evidencia reconoció:

—Es una flor de Lis.

—¿Por qué hablas en *ouil*? —se enfureció la Cebateire— ¿acaso eres francés? pareces un *gavach*. ¡Hazlo en nuestra lengua! ¡en *oc*!

El joven se concentró y repitió más despacio: « Flor d'Elis ».

—Cómo se nota que nunca has estado con una mujer —y poniendo su dedo sobre el relieve del medallón lo recorrió— de no ser así hubieras reconocido la vulva femenina y los labios de ella en cada uno de sus pétalos. Es la flor de Elisa, de la Maga Elena,... la *Magalena*.

Tal vez fuera resultado de los nervios, pero un recuerdo infantil alcanzó la mente de Diego, y se le escapó una sonrisa sin prestar atención a las explicaciones de la Cebateire.

—¿Puede saberse de qué te ríes?

—No es nada. Es que he recordado que en mi tierra llamamos así a unos panecillos dulces, las magalenas.

—Claro, y has sido incapaz de relacionar la forma que tienen las magdalenas, o los panes, o las peñas. No sé por qué pierdo el tiempo contigo, ayúdame a recoger esto y abandonemos el bosque sagrado.

Llegaron a Montsegur cuando estaba apunto de caer la noche. Sus moradores estaban disgustados, desde Cabaret había llegado un trovador de nombre Pedro Vidal que era el *precador* de la Loba, sus noticias no podían ser más nefastas. Simón de Monfort y el Archiabab Arnault Almaric habían lanzado una ofensiva, estaban iniciando nuevos asedios, y lo peor de todo era que tenían intención de penetrar en el tolosanés. Varias miradas se dirigieron a Diego, ¿ahora que les decía? ¿qué los almogávares que había ido a buscar estaban luchando contra los moros? ¿qué tardarían en llegar meses tal vez? ¿por qué se había comprometido a nada? sentía que los había defraudado. Tal vez los navarros de Martín de Algaís..., «si algún día tienes problemas no dudes en reclamar mi ayuda» eso le había dicho. Pero seguro que ellos, junto a otros mercenarios, encabezarían ahora las huestes del normando, como siempre,... ¿cómo en los viejos tiempos de la rapiña y el asalto! Tenía que intentarlo, aunque ello significara meterse en la boca del lobo. Miró a la Cebateire, estaba preocupada igual que los

demás. Se acordó de sus últimas palabras días atrás en la Catedral: «...soy consciente de que mando a un crío para hacer la tarea de un guerrero».